

CRISTIANIDAD



92

RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

15 ENERO

1 9 4 8

Conmemorándose por estas fechas la festividad de la Sagrada Familia, hemos dedicado este número a recoger en sendos documentos significativos y en algunos artículos, la enorme importancia que la familia tiene para el establecimiento de las bases de una verdadera sociedad cristiana.

Siempre han hecho hincapié los doctores de la Iglesia en la trascendencia que la familia ha tenido y mantiene en la formación del hombre cristiano. Es y será un pilar fundamental de la civilización entendida en su genuino sentido. Precisamente cuando ha vacilado toda la bóveda, es cuando el Protestantismo ha intentado destruir este preciado tesoro. En efecto, de todos es sabido el camino que la sociedad emprendió a partir de la escisión que en el seno de la familia vino a producir el divorcio, pongamos por caso.

Al mismo tiempo, y como consecuencia del mantenimiento de la familia como institución inviolable, la dignidad de la mujer ha quedado realzada y establecida por el catolicismo para siempre. Este fué uno de los más costosos, pero por eso mismo uno de los más gloriosos triunfos de la Iglesia frente al mundo pagano.

Después de tanto tiempo el tema continúa siendo de extrema y palpitante actualidad. Si asistimos a un resquebrajamiento de la familia, sin duda hemos de prevenirnos contra un poderoso, aunque parezca impalpable, enemigo.

En todo caso el ejemplo de aquella Familia santa y sublime de Belén, que seguirá siendo el modelo de toda familia cristiana, nos proporcionará materia suficiente para extensas y profundas consideraciones.

Editorial: El reinado del Corazón de Jesús en las familias.

El sueño de una doncella cristiana, por María Asunción López (págs. 26 a 28); **Los derechos de la familia atacados por el mundo actual**, por J. M. Martínez-Mari (págs. 29 a 32); **Venite ad Me...**, por Francisco de Moxó (pág. 32).

Balmes: **La familia y el protestantismo** (págs. 33 y 34); **Alocuciones de Pío XII a los jóvenes esposos** (págs. 36 a 40); Cardenal Gomá: **Grandeza de la familia** (págs. 40 a 42); **Carta de S. S. Benedicto XV sobre la consagración de las familias al Sagrado Corazón** (pág. 42).

Caminos de perdición. II, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 43 a 45); **La masonería inglesa**, por J.-O. C. C. (págs. 45 y 46).

La conspiración comunista. VII, por Luis F. Budenz (págs. 46 y 47).

Orientaciones bibliográficas, por Luis Luna.

Ilustran el presente número dibujos debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100'— Ptas.

Semestral 50'— »

Trimestral 25'— »

Número ordinario 5 ptas.

Tomo 125 »

Pagamos ejemplar n.º 39 a diez pesetas. Teléf. 22446

LECTOR

Varios padres misioneros españoles,
que en las lejanas tierras de la India
han conocido nuestra Revista, son
grandes entusiastas de CRISTIANDAD
¿Quieres costear su suscripción?

Telefonea al n.º 22446 y se te dará el nombre
de tu favorecido



Hija de Salvador Balu

S. A. TEXTIL DEL TER

MANUFACTURA DE TEJIDOS - TEJIDOS DE RIZO

Vía Layetana, 52, 1.º - Teléfono 13970

BARCELONA

**AYUDAD
A LA PRENSA
CATOLICA**

I. M. S. A.

BARCELONA

Precio del ejemplar: 5 ptas.

CRISTIANDAD

NÚMERO 92 - AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22446

BARCELONA

15 de Enero de 1948

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222567

MADRID

El reinado del Corazón de Jesús en las familias ⁽¹⁾

Con motivo de la festividad de la Sagrada Familia, celebrada el domingo pasado, infraoctava de la Epifanía, dedicamos el presente número a S. S. Pío XII, como homenaje de agradecimiento por su amor y solicitud demostrados a la familia cristiana en sus semanales audiencias a los recién casados.

«Nazaret —decía el Pontífice en una de dichas audiencias— es el ideal de la familia, porque en ella la autoridad serena y sin asperezas se junta con una obediencia sonriente y sin indecisiones; porque la integridad se une allí a la fecundidad, el trabajo a la oración, el buen querer humano a la benevolencia divina. Este es el ejemplo y el ánimo que Jesús os ofrece. Pero su Corazón os reserva a vosotros, cabezas de familia de los siglos nuevos, bendiciones todavía más explícitas.»

El mundo ha perdido la paz. «Lo que ha faltado, lo que falta al mundo para vivir feliz en la paz, es el espíritu evangélico de sacrificio, y este espíritu falta porque, cuando la fe se debilita, viene a prevalecer el egoísmo, que destruye y hace imposible la felicidad en común.»

«Si se quiere salir de modo durable de la crisis actual, será preciso reedificar la sociedad sobre bases menos frágiles, es decir, más conformes a la moral de Cristo, fuente primera de toda verdadera civilización.» Pero, «si se quiere conseguir tal fin, hará falta comenzar por hacer de nuevo cristianas a las familias, muchas de las cuales han olvidado la práctica del Evangelio, la caridad que requiere y la paz que trae.»

La familia, instituida inmediatamente por Dios, es el principio, la célula primera y esencial de la sociedad, lógico es, pues, que el Reinado social de Jesucristo tenga su comienzo, su punto de partida: en la recristianización de la familia.

Como medio « eminentemente apto » para preparar y promover este Reinado de paz, S. S. Pío XII, como antes sus gloriosos predecesores León XIII y Pío XI, recomienda la devoción al Corazón de Jesús, y de un modo especial la consagración de las familias a este Rey de amor: «Lo que promete y trae el Sagrado Corazón es más que un símbolo, es la realidad de la paz.»

En el presente número publicamos tres de las alocuciones dirigidas por S. S. Pío XII a los recién casados, en las que esta esperanzadora doctrina se desarrolla y declara.

¡No le cerremos nosotros, a este Rey de amor, la puerta de nuestro hogar, «retrasando con ello el día en que el mundo, pacificado, vuelva a encontrar la verdadera felicidad!»



(1) Los textos entre comillas de este editorial son de las alocuciones de S. S. Pío XII a los recién casados, que reproducimos en el cuerpo de este número.

El sueño de una doncella cristiana

Zelie

Zelie aun no ha cumplido los veinte años; su rostro es hermoso; su figura, atrayente; su razón, clara; su mente, sana; su corazón, limpio; la envuelve una atmósfera de simpatía que cautiva, y su alma es un cielo. De su padre, que conoció los años del terror de la Revolución francesa y recorrió los caminos de Europa a la sombra de las águilas de Napoleón, tiene la decisión y la valentía; de su madre, la piedad sólida y práctica que traduce en obras el mandamiento nuevo que dió Jesús después de su último Banquete de Amor.

El celo, quizá impremeditado, de su corazón ardiente, la lleva aún más allá. Cree corresponder a la súplica amorosa que Jesús hizo en pro de los desvalidos, de los impotentes, de los débiles, sirviéndole en la persona de sus pobres, puesto que Él dijo: «Lo que hicieris con el último de los pobres conmigo lo hacéis»; y para ello llama con humildad a las puertas del hospital de Alençon solicitando el honor de ser admitida como hermanita de los pobres.

La superiora mira complacida a aquella joven rebotante de vida y actividad, se da cuenta de la alta capacidad de su virtud, del temple de aquella alma capaz de resistir los embates de la vida, las veleidades de la fortuna y las pruebas de Dios; pero ve también que los caminos de Dios son distintos de los caminos de los hombres, y divinamente inspirada, sin buscar ningún paliativo a la desilusión que pudiera provocar, contrariando tal vez su inclinación natural de poseer para su comunidad aquel tesoro de virtud, le declara sin ambages que no es tal la voluntad de Dios.

El golpe es rudo. ¡Había acariciado tanto aquella esperanza!; pero Zelie cree «prudente no flarse de la propia prudencia». En la voz de la superiora reconoce la voz de Dios y no se deja abatir por el desánimo, sino que baja humildemente la cabeza y ora. Ora con la intensidad y el fervor del que no conoce el nuevo rumbo que ha de emprender; con la oración viene la calma; la iluminan luces desconocidas hasta entonces; Jesús la enseña «sin ruido de palabras y sin confusión de pareceres» lo que quiere de ella; de un modo sobrenatural la arrebató a la órbita de lo infinito para secundar sus planes, y de su corazón

«aquietado sin congoja en los brazos de Dios», la fuente de la gracia «brota cantando un himno a la vida».

«Ya que es la voluntad de Dios que no sea religiosa, se casará y tendrá muchos hijos», y al impulso de esta reacción vigorosa se ve convertida en instrumento de Dios para transmitir la vida; renacen sus esperanzas, y meciéndose en brazos de la ilusión, ve ya en los mágicos espejos del alma un montón de cabecitas apiñadas que le sonríen con hechizo angelical... Ella ha de educarlos, y en su educación tomarán carta de naturaleza los problemas eternos; bien sabe que, pobre hija de Eva, la vida que naturalmente les dará está sentenciada a muerte; que, aun cuando parezcan libres y puedan correr el mundo en todas direcciones, pensar y decir cuanto quieran, la sentencia está en pie y nunca sabrán cuándo el verdugo la cumplirá; puede salirles al paso en cualquier encrucijada de la vida; tal vez se esconda en su misma habitación y los sorprenda en medio del sueño más tranquilo sin que se den cuenta; quizá se presente de un modo aparatoso, o tal vez lo tengan delante y no lo conozcan; lo único cierto es que llegará de un modo inexorable y que del empleo de estos años, de estos días, de estas horas, depende la salvación o la ruina del alma, que Dios hace prisionera del cuerpo durante este tiempo, siempre incierto. A ella le alcanzará una gran parte de responsabilidad en el destino de sus hijos, y aunque Zelie es valiente, ante este hecho indudable que puede cambiar en trágico su glorioso destino, tiembla... ¿Quién la guiará para cultivar con acierto la porción de infinito que Dios pondrá en el alma de sus hijos para que aquel cuerpecito que ella les da sea tan sólo un escabel para conquistar una vida eterna de gloria inmortal?

En su congoja se dirige a la única mujer que constituye la suma de todas las perfecciones femeninas, y encuentra en María el ideal de su vocación de madre cumplido hasta el grado máximo. Si es hija de Eva, es hija de María, y María, ofreciendo al Padre su hijo que es el Santo de los Santos, será su ejemplo y su guía. Bajo su amparo colocará a sus hijos desde el momento de nacer, y ¡qué dicha si todos, en un sentido o en otro, se consagraran a Dios!, y ¿por qué no soñar con que alguno de ellos llegue a ser santo?

Encauzada su vocación y dotada de gran espíritu prác-



RAZÓN DE ESTE NUMERO

Conmemorándose por estas fechas la festividad de la Sagrada Familia, hemos dedicado este número a recoger en sendos documentos significativos y en algunos artículos, la enorme importancia que la familia tiene para el establecimiento de las bases de una verdadera sociedad cristiana.

Siempre han hecho hincapié los doctores de la Iglesia en la trascendencia que la familia ha tenido y mantiene en la formación del hombre cristiano. Es y será un pilar fundamental de la civilización entendida en su genuino sentido. Precisamente cuando ha vacilado toda la bóveda, es cuando el Protestantismo ha intentado destruir este preciado tesoro. En efecto, de todos es sabido el camino que la sociedad emprendió a partir de la escisión que en el seno de la familia vino a producir el divorcio, pongamos por caso.

Al mismo tiempo, y como consecuencia del mantenimiento de la familia como institución inviolable, la dignidad de la mujer ha quedado realzada y establecida por el catolicismo para siempre. Este fué uno de los más costosos, pero por eso mismo uno de los más gloriosos triunfos de la Iglesia frente al mundo pagano.

Después de tanto tiempo el tema continúa siendo de extrema y palpitante actualidad. Si asistimos a un resquebrajamiento de la familia, sin duda hemos de prevenirnos contra un poderoso, aunque parezca impalpable, enemigo.

En todo caso el ejemplo de aquella Familia santa y sublime de Belén, que seguirá siendo el modelo de toda familia cristiana, nos proporcionará materia suficiente para extensas y profundas consideraciones.

Editorial: **El reinado del Corazón de Jesús en las familias.**

El sueño de una doncella cristiana, por María Asunción López (págs. 26 a 28). **Los derechos de la familia atacados por el mundo actual**, por J. M. Martínez-Mari (págs. 29 a 32). **Venite ad Me...**, por Francisco de Moxó (pág. 32).

Balmes: **La familia y el protestantismo** (págs. 33 y 34). **Alocuciones de Pío XII a los jóvenes esposos** (págs. 36 a 40). Cardenal Gomá: **Grandeza de la familia** (págs. 40 a 42). **Carta de Su Santidad Benedicto XV sobre la consagración de las familias al Sagrado Corazón** (pág. 42).

Caminos de perdición. II, por José Oriol Cuffi Canadell (págs. 43 a 45). **La masonería inglesa**, por J.-O. C. C. (págs. 45 y 46).

La conspiración comunista. VII, por Luis F. Budenz (págs. 46 y 47).

Orientaciones bibliográficas por Luis Luna.

tico, se impone del hecho material de resolver el problema de la vida. Su padre, como la mayoría de los que siguieron la gloria de los ejércitos de Francia cuando sojuzgaba a Europa, volvió a su casa rico ciertamente en recuerdos heroicos, pero con sólo un mediano pasar; por lo tanto, ha de buscar un medio decoroso con que pueda aumentar su dote.

El día de la Inmaculada de 1851, la Virgen María, «de quien jamás se ha oído decir que ninguno de los que han implorado su protección haya sido abandonado», le da la apropiada indicación. Oye una voz interior que le dice: «Manda confeccionar encaje de Alençon». Desde entonces se consagra a esta tarea, y confía a la Providencia el cuidado de proporcionarle un esposo para realizar su vocación y su sueño.

Luis Martín

Luis posee de un modo equilibrado todas las cualidades que hacen amable a un hombre; porte distinguido, hermosura varonil, educada caballería, salud de alma y cuerpo y una tal rectitud en sus sentimientos y sus acciones que resistiría el más riguroso análisis. El que todo el mundo sonría indulgente y perdona los extravíos considerándolos como cosas propias de la edad, no cree que autorice a la juventud para claudicar ante los deberes, sino, por el contrario, ve en la plenitud de las facultades físicas el más poderoso auxiliar para considerar seriamente la vida.

De este modo no es extraño que nunca haya contrastado a su madre y merezca el cálido elogio que le dirige en una felicitación: «Eres, mi querido hijo, el sueño de mis noches y el encanto de mis recuerdos», y como esta excelente madre teme que, precisamente por esto, el orgullo, con su pátina maléfica, destruya su triunfo sobre las seducciones vulgares, le aconseja con cristiana y amorosa previsión: «Hijo mío, sé muy humilde.»

Y Luis es, efectivamente, bueno y humilde, sin que esto reste ni un punto a la virilidad de su aspecto y de su carácter.

Ha empezado a estudiar humanidades; pues la carrera de las armas, que tan heroicamente ha seguido su padre, no tiene para él el atractivo de una vocación; pero la circunstancia fortuita de la visita a unos amigos establecidos en Rennes como relojeros, le aficionan al delicado mecanismo de la relojería, que, inflexible en su regularidad y exigencia de precisión para conseguir una marcha armónica, se aviene a su temperamento y a sus aptitudes; por lo que se inicia fácilmente en el oficio.

Con todo, cree sentir otras aspiraciones. Tiene alma y sentimiento de artista; admira la hermosura que el paso de Dios ha dejado en todas las cosas; ama el espectáculo grandioso de la naturaleza y la siente como el beso de unos labios que alientan vida divina. Las ideas bullen en su interior en la forma imprecisa de una nebulosa y necesita el choque de circunstancias externas para que estas fuerzas latentes, cuyo destino se le escapa, puedan cuajar en brillantes estrellas.

La indecible nostalgia de una patria feliz sin límites ni fronteras, con días sin ocaso y vida sin término, donde sea sumergido en las oleadas del amor de un Dios que ha puesto ya en su corazón una chispa del fuego celeste, le parece que es la llamada a vida de mayor perfección. Decide enclaustrarse.

El monasterio del Gran San Bernardo llena todos sus deseos, y emprende el viaje de Normandía a Suiza, unas veces en diligencia y gran parte a pie. Atraviesa ricas ciudades, campiñas que despliegan ante sus ojos la gala de sus variados colores, villorrios pintorescos con sus casuchas y su campanario y, por fin, llega a la imponente mole de los Alpes. Ya no mira ninguna de estas bellezas, va a conquistar el país del sol que nunca muere y a romper con todas las servidumbres de la tierra, menos la caridad que

aproxima al cielo. Agilmente trepa por las montañas; con la alegría del navegante que descubre el puerto, ve — hundiéndose en el estrecho valle que forman las gigantescas montañas y junto al pequeño lago que semeja un trozo de cielo recortado puesto entre la nieve — el monasterio, que, a pesar de sus dimensiones, aparece tan pequeño como la casita de un belén. Allí va a oír muy pronto el fallo decisivo sobre su destino, y le invade una profunda emoción cuando llama para pedir, como uno de tantos viajeros, hospitalidad para pasar la noche.

Por la expresión de su rostro, el superior conoce que no es un viajero vulgar aquel que acaba de recibir, y Luis no precisa de grandes explicaciones para exponer su deseo. El superior bien quisiera recibirle, pero hay reglas prescritas para la admisión de los monjes y ha de someterse a la disciplina establecida. Oída su petición, le pregunta: «Hijo mío, ¿ha terminado usted sus estudios de latín?» La respuesta de Luis ha de ser negativa y el superior le dice: «Lo siento mucho; pero ésa es condición esencial para ser admitido entre nuestros hermanos. Pero no se desanime. Vuelva a Normandía, trabaje con ardor y cuando haya terminado las humanidades le admitiremos con gusto en el noviciado.»

«No se desanime», le ha dicho el superior, y Luis emprende de nuevo el estudio del latín; pero en su interior se ha roto la ilusión. No es aquélla la voluntad de Dios; su aspiración a ser monje en el San Bernardo no será más que «un bello recuerdo en su vida». Una enfermedad que le impide continuar sus estudios se lo confirma.

El mundo le parece entonces un destierro; las horas se sucederán monótonas y gotearán lentamente en el desarrollo profesional del oficio desechado. Sin embargo, la virtud arraigada en su corazón y el deseo de cumplir la voluntad de Dios hacen que a la decepción del primer momento suceda la reacción tranquila y confiada en la Providencia; y sin inquirir cuál será definitivamente su destino, va a París, y una vez adquirida la perfección profesional necesaria para establecerse, vuelve a Alençon y abre su taller, que amplía con una sección de joyería, en la que también se ha mostrado hábil y experto.

El idilio

Entrada la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad de Alençon cuenta, pues, con dos nuevos talleres de artesanía.

En la casa del capitán Guerin, de la calle de San Blas, su hija Zélie ha montado un obrador de los famosos encajes que han tomado el nombre de la población. Zélie arraiga cada vez más en su corazón su sueño dorado, pero ha abandonado su porvenir en manos de la Providencia; pasa casi todo el día en aquella habitación clara, de la que entran y salen numerosas obreras. Con gusto exquisito corrige y rectifica los dibujos; sobre los tules de hilo de lino finísimo, hilado, según tradición, en subterráneos para que el aire no los rompa, se marcan los contornos de las flores, siguen los relieves, se unen las piezas con costuras imperceptibles, y los encajes salidos de su taller rivalizan con los de las venecianas que trajo Colbert para perfeccionar la producción.

El capitán Martín ha cedido, a su vez, una planta de su casa para el taller de relojero que ha instalado su hijo Luis, y en la calle del Puente Nuevo lucen los lindos escaparates de su joyería, ilusión de las jóvenes de la ciudad y encanto de las parejas pueblerinas de los alrededores que acuden allí a proveerse de arras y anillos de alianza.

Las familias de los dos capitanes no se tratan; los jóvenes no se conocen, y dedicados por completo a su trabajo pasan unos años.

En una de sus raras salidas pasa Zélie por el puente de San Leonardo y se cruza con Luis. Le impresiona su aspecto y su porte, y una voz interior le dice: «Este es el esposo que Dios ha preparado para ti»; al mismo tiempo que Luis, diestro lapidario, al ver a Zélie reconoce que es

PLURA UT UNUM

la perla preciosa por cuya posesión es prudente vender toda la hacienda.

Se inicia el idilio. Congenian en seguida. Ambos practican la virtud sin esfuerzo; las obras de caridad nacen, de un modo fácil y espontáneo, de su amor al prójimo. La boda se verifica, el 13 de julio de 1858, en Nuestra Señora de Alençon, y después de la fiesta familiar, acabados los parabienes y cuando ya se han retirado los últimos invitados, en la soledad de su aposento, Luis confía a su esposa su íntimo deseo de perfección: «¿No podrían, al ejemplo de muchos santos, unir la continencia a las bendiciones del matrimonio?»

Zelie recibe serena el golpe que trunca el sueño de su juventud y contraría «la idea que se había hecho de los destinos que Dios tenía sobre ella»; pero es una mujer fuerte y su fe no vacila. El Dios que ha inspirado su vocación es el dueño de las voluntades y puede cambiar los corazones. Sonríe a Luis y le invita a orar. ¿No será el más excelente fundamento para un matrimonio cristiano unas noches de recogimiento y oración como, siguiendo los consejos del ángel, las pasaron Sara y Tobías?

Zelie no ha confiado en vano. No tarda Luis en compartir sus sentimientos, y el sueño de Zelie es ya el sueño de los dos.

Ambos convienen en que además es preciso pensar con sentido práctico en las necesidades de una familia numerosa y apreciando las ventajas de la mutua colaboración, emprenden la tarea diaria de trabajo después que juntos han ido a la Iglesia y en el misterio sagrado de la comunión han encontrado aliento sobrenatural que da valor de oración y sabor infinito a las vulgares ocupaciones cotidianas.

A pesar de que el trabajo es intenso, no se perdonan ni los ayunos prescritos ni las mortificaciones voluntarias; los pobres tienen siempre una plaza en su hogar y en su presupuesto constituye una partida importante lo dedicado a La Propagación de la Fe; pero la tienda tiene escogida y abundante clientela, los pedidos de encaje son cada vez más numerosos y el porvenir está asegurado.

Han pasado sólo algunos años, cuando junto al continuo tic-tac de los relojes, entre los oros y gemas del apartamento de joyería y los leves tules del obrador de encajes, se oye el alegre cascabeleo de risas infantiles; voces argentinas que suenan como campanitas de plata, llaman a Luis y a Zelie papá y mamá, y el revuelo de los juegos y caricias de estas muñequitas de carne es tan dulce para ellos como el aleteo de los ángeles.

Ponen a todos sus hijos bajo el amparo de María y las niñas María-Luisa, María-Paulina y María Leonia van creciendo sin más tropiezos que las enfermedades propias de la infancia. El ejemplo de su madre les hace amar la virtud y la verdad, el trabajo y la sencillez y su padre pone en su educación todo el cuidado del orfebre que pule las joyas y trabaja en la más hermosa filigrana. Sin embargo, antes de nacer María-Celina, la tribulación rompe la felicidad de este hogar. La muerte ha convertido en recuerdo cuando sólo eran esperanzas a María-José-Luis, María-José-Bautista, María-Helena y María-Melania y sólo templó el dolor de estos padres amantísimos la resignación cristiana y la confianza de que sus hijos les esperan en el cielo. En el cielo, que ya consideran como algo suyo, puesto que tienen allí sus cuatro queridísimas prendas.

La hija santa

Las veleidades políticas del segundo Imperio han conducido a Francia a la catástrofe de Sedán y la ocupación de todo el norte por las tropas extranjeras victoriosas. En casa de Luis y de Zelie sufren, como en todas las demás

de Alençon, las naturales consecuencias del alojamiento de la bulliciosa soldadesca, casi nunca comedida. Han recibido a nueve soldados de la infantería prusiana y su tacto exquisito hace que las pérdidas puedan reducirse a sólo daños materiales, pero «les han puesto la casa en un estado lamentable y destruido todo el orden establecido».

«Pasado el aluvión renace la calma. Luis, que se ha retirado del negocio, traspasa el establecimiento de la calle del Puente Nuevo y la familia se instala en la casita que había sido del padre de Zelie en la calle de San Blas. Una placa de mármol con la inscripción «Luis Martín. Fabricante de punto de Alençon» indica la amplitud que ha adquirido este negocio y la activa y eficaz colaboración de Luis en la parte comercial y administrativa.

Una era de bienestar empieza para la familia. En el año 1873, cuando con motivo de las vacaciones de Pascuas están en casa las niñas mayorcitas, su hogar se enriquece con una cuna nueva. El 2 de enero nace María-Francisca-Teresa. A todos enamora el encanto que trae esta niña; la nodriza dice «que tiene una boquita tan grande como sus ojos»; a sus hermanas las enamora porque les parece un querubín hecho de nieve y de flores; todo son felicitaciones para esta niña que ya quizá no se esperaba, y hasta ¿no será el mismo Niño Jesús quien, escondiéndose en la figura de aquel pobrecito niño que le lleva una poesía (1), saluda su entrada en el mundo, llamando «primoroso capullo de rosa» a la que ha de manifestar el misterio de su Infancia y merecer el nombre de SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS?

Las niñas mayores han vuelto al pensionado y las cartas que reciben de Zelie casi no son otra cosa que la expresión de la gracia que se manifiesta de un modo sobrenaturalmente precoz en la pequeña Teresita, que va creciendo en «aquel hogar impregnado de perfume virginal en el que la han precedido ocho azucenas de nítida blancura»; en el subconsciente de todos los que la conocen está, que alrededor de su clara frente de niña flota ya el halo impreciso de un nimbo glorioso.

Zelie muere cuando Teresita tiene tan sólo cuatro años y medio y esta muerte prematura, ¿no será que el Señor quiere anticiparle el gozo de ver cumplido el objeto de sus súplicas, permitiéndole ver en la Esencia Divina a todas sus hijas en el «huerto cerrado» donde el Amado se apaescenta entre azucenas (2) y especialmente manifestándole escrito con vividos fulgores en el libro de la vida el nombre de Teresita honrado con los títulos DEL NIÑO JESUS Y DE LA SANTA FAZ?, ¿no querrá anticiparle también el gozo de ver cumplido el íntimo sueño de su juventud, viendo cómo sobre la corona de oro fulgurante que le forman los rizos a su pequeña Teresita tendrá la de santa, mucho más resplandeciente, cuyo nimbo de gloria iluminará a su vez su progenie de santos? Porque allí es donde para todo el mundo resplandecerá la santidad intuitiva e intrépida de la propia Zelie; la lealtad, la constancia, la abnegación heroica hasta la destrucción de sí mismo de la santidad de Luis, y hasta las virtudes de sus abuelos; la piedad integral de aquellas señoras provincianas y de aquellos valientes capitanes, héroes anónimos de Wagram (3) y el Trocadero (4).

María Asunción López

(1) Este niño pobre era hijo de una familia socorrida por los señores Martín.

(2) Sus cinco hijas fueron religiosas.

(3) El capitán Guerin hizo sus primeros ensayos de armas en Wagram.

(4) El capitán Martín fué condecorado con la cruz de San Luis en la expedición a España para reponer a Fernando VII.

Los derechos de la familia atacados por el mundo actual

Hay unanimidad absoluta acerca de que una de las instituciones sociales más en crisis en la época presente es la familia.

A nuestro juicio, esta crisis se debe a que le son negados, disminuidos o tergiversados por el Estado o por los individuos sus derechos innatos.

Veamos, ante todo, cuáles sean estos derechos según los más autorizados textos.

Derechos innatos de la familia

Para el Código Social de Malinas, éstos son:

13. La autoridad familiar, gerente del bien común familiar, tiene deberes y derechos superiores a toda ley humana. Esos deberes y derechos dimanar del fin asignado por la Naturaleza a la sociedad familiar; unir a los esposos y, como consecuencia, transmitir, mantener, desarrollar la vida hasta la perfección moral, perpetuar la especie humana.

16. Teniendo los poderes públicos la obligación de adoptar y consagrar como única legítima la ley de la transmisión de la vida por la familia, deben también reprimir todo cuanto ataca a dicha ley: las propagandas inmorales, la desorganización del trabajo, la mala distribución de los provechos o de las cargas públicas.

17. La familia tiene derecho a ser protegida contra los diversos azotes que son instrumentos de su disolución: la licencia de las calles, de los espectáculos, de determinada prensa, el alcoholismo, la tuberculosis, los alojamientos insalubres, el neomaltusianismo.

19. El niño tiene derecho a la formación física, intelectual, moral y religiosa. Incumbe a los padres la obligación de procurar esta formación. Deben ser protegidos en sus esfuerzos encaminados al cumplimiento de este deber... Una legislación protectora de los derechos del niño se impone, sin duda, contra los padres incapaces, negligentes o perversos, pero también contra los terceros que dificultan la acción eficaz de los padres.

29. La familia tiene derecho a poseer. Conviene que la ley le facilite la adquisición de un bien o dominio familiar, y particularmente el cultivo de un pedazo del suelo nacional.

30. Debe garantizarse a la familia la transmisión hereditaria del patrimonio, sin que el bien familiar sea amputado por excesivos impuestos de transmisión o pulverizado por su reparto forzoso en especie.

31. El jefe de familia sobrio y honrado, que cumple a conciencia los deberes de su ministerio, debe poder encontrar en su trabajo, mediante la organización social, los recursos suficientes para la subsistencia y educación de su familia.

32. En el seno de la sociedad civil, la familia tiene derecho a la justicia distributiva. Los impuestos, las cargas, los aranceles, las subvenciones por carestía de vida, las pensiones de invalidez, deben fijarse, no en función del individuo aislado, sino en función de la familia.

33. Para garantizar los derechos de la familia, importa que pueda estar representada en las asambleas del municipio, de la región y de la nación (1).

(1) Cfr. el texto del Código Social de Malinas redactado por la Unión Internacional de Estudios Sociales en 1920, publicado en la obra de Rutten "La Doctrina Social de la Iglesia". Barcelona, 1936.

Para una «Declaración de los derechos del hombre» entregada a las Naciones Unidas por la Acción Católica Norteamericana (2), los derechos de la familia se expresan de la siguiente forma:

«La familia es la célula fundamental y natural de la sociedad y está dotada por el Creador de derechos inalienables, que preceden a toda ley positiva. La familia no existe para servir al Estado, pero, al mismo tiempo, no es una unidad independiente. Entre estos derechos figuran:

»1.º El derecho a contraer matrimonio, a fundar el hogar y a engendrar hijos.

»2.º El derecho a la seguridad económica suficiente para asegurar la estabilidad y la independencia de la familia.

»3.º El derecho a la protección de la maternidad.

»4.º El derecho a la educación de los hijos.

»5.º El derecho a mantener condiciones adecuadas para el cuidado de la infancia dentro del hogar, si es necesario con el auxilio de la protección y la asistencia públicas.

»6.º El derecho al auxilio de la comunidad en la educación y formación de los niños.

»7.º El derecho a la habitación adaptada a las necesidades y funciones de la vida en familia.

»8.º El derecho a la inviolabilidad del hogar contra el registro y el traspaso.

»9.º El derecho a la protección contra condiciones inmorales en la comunidad.»

Finalmente, Pío XII, en su mensaje navideño de 1942, también enuncia derechos de la familia, que nosotros esquemáticamente sintetizaremos así:

A) Para defender a la familia se la debe garantizar el derecho al matrimonio y a la consecución de su fin, el derecho a la sociedad conyugal y a la doméstica.

B) Para dignificar a la familia y para restaurar cristianamente a la sociedad familiar: 1.º, debe defenderse la indisolubilidad del matrimonio.

2.º Debe reconstruir la familia su propia unidad económica, espiritual y jurídica. El Estado debe procurar la estabilidad del ahorro, disciplinar el régimen sucesorio, fiscal, de seguros familiares.

3.º Precisa dar a la familia, insustituible célula del pueblo, espacio, luz, respiro... piénsese en procurar para cada familia un hogar donde la vida familiar sana, material y espiritualmente, alcance a demostrarse en su valor y vigor; cúidese que los lugares de trabajo y las viviendas no sean tan separadas como para hacer al cabeza de familia y educador de hijos casi extraño en su propia casa.

4.º La familia debe, sobre todo, ser puesta en condiciones de educar a los hijos en espíritu que corresponda a sus propias verdaderas convicciones religiosas, debiendo cuidarse de que entre la escuela pública y la familia renazca aquel vínculo de confianza y mutua ayuda que produjo en otros tiempos frutos tan benéficos y que hoy ha sido substituido por la desconfianza allí donde la escuela, bajo el influjo o el dominio del espíritu materialista envenena y destruye lo que los padres habían infiltrado en las almas de los hijos (3).

(2) Vide "Ecclesia" 22 de febrero 1947.

(3) Cfr. además del Mensaje Navideño, los comentarios al mismo publicados por G. Conella "Principi di un Ordine Sociali". Citta Vaticano 1944.

PLURA UT UNUM

Reseñados los derechos de la familia, analizaremos a continuación algunas de las formas en que son atacados o desconocidos por el mundo actual.

Ataques a los derechos de la familia

A) Ataques procedentes de posturas ideológicas anti-cristianas.

No es objeto de este trabajo profundizar acerca de esta clase de ataques. Los enunciaremos simplemente.

1.º Ataques al derecho de contraer matrimonio, fundar hogar y engendrar hijos, emprendidos de consuno por el protestantismo —ataques a la indisolubilidad del matrimonio— y por su hijo el totalitarismo (nazi o comunista), leyes esterilizadoras, prohibitivas de determinadas uniones basándose en seudoderechos de la raza, relegamiento del enemigo político a la categoría de esclavo...

2.º Ataques al derecho de los padres a educar a los hijos.

3.º Ataques contra el derecho a la inviolabilidad del domicilio familiar, perpetrados por el Estado-policía para quien la familia, como el individuo, es sólo un medio o un simple número. Recordemos las palabras de Pio XII cuando, a propósito de la acción despótica del totalitarismo, decía: «Un hombre, pues, que no tiene concepto de ley, que está atemorizado, constantemente espiado y sujeto a una policía todopoderosa, se convierte en un obsesionado, presa de miedo permanente y de incertidumbre y pierde su interior virilidad para sucumbir fácilmente a la insinceridad, a la hipocresía para correr temerariamente el riesgo, siempre que la oportunidad se presente, de mirar sólo por su interés, aun empleando la violencia artera». Este mismo producto de tales regímenes, tampoco puede ser buen padre y cabeza de una familia.

3.º Ataques al derecho a la protección contra condiciones inmorales en la comunidad.

Tres son las características de la actual desmoralización, según un autorizado autor (4): su extensión, su intensidad y su organización. Hay vicio en todos los rincones y penetra —radios, revistas— por todos los lugares; se rinde culto a todas las formas de la corrupción; existe una verdadera organización desmoralizadora.

El cine, la radio, las lecturas, enseñan el amor libre, el divorcio, el adulterio. Las calles están infectadas de sensualidad. Todo ello en el «espacio vital» de la familia. No es esta inmoralidad una de las menores causas de la actual crisis familiar.

El llamado problema demográfico

Es un hecho que manifiesta externamente de manera palpable esta crisis el retroceso que viene sufriendo la natalidad, que ha sido estudiado por los estadistas, y para el cual ha sido creada una rama de la estadística: la demografía.

La disminución de la natalidad es constante y progresiva en los países «civilizados». En otro artículo (5) hacíamos hincapié acerca del desnivel entre los nacidos en Europa oriental o eslava y Europa occidental, más refinada y «cultas». Cordero Torres afirma que «una verdad bastante general es que los pueblos coloniales no son pueblos demográficamente agotados o decadentes, sino mal conducidos. Son fecundos, pero les corroen la mortinatalidad (o el aborto), la excesiva mortalidad juvenil y aun la de los adultos, la mala alimentación, la ignorancia, la falta de higiene en la vivienda —o de vivienda a secas—, la de recursos regulares suficientes y la de instrucción y empleo» (6).

(4) A. García Figar. «La moralidad en quiebra». Madrid, 1936.

(5) CRISTIANDAD, 1 Enero 1947.

(6) Cfr. Cordero Torres en «Revista Internacional de Sociología», Marzo 1947, pág. 119.

El proceso de esta disminución de nacimientos se refleja en el cuadro que insertamos.

Según Gini, podemos establecer como causas de la disminución de la natalidad las siguientes:

Causas externas:

a) Involuntarias: aislamiento de sexos, desequilibrio económico, largo período de educación o aprendizaje que obliga al retraso del matrimonio, dificultad de hallar vivienda, alejamiento del hogar del centro de trabajo.

b) Voluntarias: incertidumbre del porvenir, dificultades de mantenimiento de la prole, deseo de elevarse a clases superiores.

Causas internas:

Modificación de la psicología humana en la cual el raciocinio inspirado en consideraciones hedonísticas individuales, había tomado siempre más ventaja sobre el bloque de los instintos que constituían la salvaguardia de la especie.

Nosotros añadiremos, descenso y pérdida de la noción del pecado.

Gonella (7) nos traza el siguiente cuadro de las causas influyentes en el descenso de la natalidad:

El problema demográfico lo es de:

- a) Saneamiento de la familia.
- b) De dignidad moral.
- c) De capacidad económica.

Influyen en el retroceso dos causas o factores principales:

- a) El factor moral: egoísmo del poco amigo del hogar, insensible a las alegrías de la paternidad, inconsciente del sentido del deber, sordo a los llamamientos de la fe.
- b) El factor material: forzada y prolongada ausencia del jefe de la familia; trabajo femenino; bajo nivel de vida familiar; creciente atracción de los centros de vida extrafamiliar. (En las clases burguesas, el factor material está representado por el amor al exceso de confort y afán de huir de las incomodidades.)

En definitiva, todos los autores católicos están de acuerdo en afirmar que las causas primeras de la limitación de la fecundidad son internas: las nociones de deber conyugal y de la sana y fuerte educación de los hijos se hallan alteradas o pervertidas.

Ante toda la baja de los que cínica y descaradamente abominan de la paternidad múltiple, opongámoles las palabras de Mercier cuando se pregunta: «¿Hay nada en el mundo, nada más confortable y acreedor a nuestro respeto que una de esas familias, felizmente aun numerosas en el seno de nuestras poblaciones, sobre todo en la clase obrera, en que seis, ocho, diez hijos y aun más, van creciendo a la sombra del trabajo y digámoslo francamente, formándose en la escuela aun más viril de privaciones y sacrificios?»

NATALIDAD.—Nacimientos por 1.000 habitantes

	1939	1940	1941
España	—	52.3	43.3
Rumania	28.3	26.5	24.3
Portugal	26.4	25.0	23.9
Bulgaria	21.4	22.2	21.9
Italia	23.4	23.1	20.6
Hungría	19.1	20.4	20.4
Holanda	20.6	20.8	20.3
Alemania	20.4	20.2	18.8
Dinamarca	17.8	18.3	18.5
Suiza	15.2	15.2	17.0
Noruega	16.0	16.3	—
Suecia	15.3	15.0	15.6
Francia	14.5	13.3	12.8
Bélgica	15.4	13.4	12.1

(7) Gonella, ob. cit.

B) Ataques a la familia derivados de las difíciles condiciones de la economía actual.

La familia sufre ataques, no sólo de enemigos dentro del orden ideológico, sino que, a mayor abundamiento, es atacada por las difíciles circunstancias económicas de la hora actual que la constriñen y reducen su «espacio vital», haciendo su vida difícil y dura. Veamos someramente, cuáles son y cómo actúan esas condiciones económicas adversas a la institución:

1.º Ataques al derecho a la seguridad económica suficiente para asegurar la estabilidad e independencia de la familia.

Pocas veces se habrá dado en el mundo la existencia de una tan intensa y extensa a la par depresión económica. Pocas aglomeraciones familiares quedan exceptuadas de penosos sufrimientos derivados de la carencia de lo más indispensable para el sustento, la habitación o el vestido.

Si partimos de los datos que nos proporciona la estadística, veremos que cada vez es mayor el desequilibrio entre las necesidades de la familia y su capacidad adquisitiva.

Es un hecho cierto la reaparición del espectro del hambre, que nos habíamos acostumbrado a considerar como una de tantas leyendas medievales, sin posible repetición en nuestra época.

Dos son las causas principales de tal azote:

a) Crecimiento de la población y no idéntico y proporcional incremento de las superficies cultivadas.

b) Déficit de lo más necesario para cultivar las tierras aptas para producir (o sea, falta de maquinaria agrícola, de animales de labor, de tractores, de mano de obra, de fertilizantes).

Junto con estas causas concurre otra no menos importante:

c) Errores cometidos por el hombre (experimentos sociales contra natura, preparación bélica, que desajusta los presupuestos estatales, egoísmo e inmoralidad en los

individuos que favorece los precios abusivos, el agio y la especulación en detrimento de los más débiles).

Finalmente, otra causa de origen accidental ha venido en estos últimos tiempos a contribuir al desastre económico:

d) Condiciones atmosféricas desfavorables, que han mermado las cosechas.

2.º Ataques al derecho a tener habitación adaptada a las necesidades y funciones de la vida en familia.

En la «Memoria sobre situación de los jóvenes ante el matrimonio» presentada por la JOC canadiense al Congreso Mundial de la Familia, en París, el 22 de junio de 1946 (8), se lee al tratar del tema «alojamiento» lo siguiente: «Los jóvenes recién casados pueden difícilmente encontrar casa a causa de la crisis de la vivienda. Ello les obliga, a menudo, a quedarse con una sola habitación, cosa que trae aparejadas graves repercusiones desde el punto de vista moral».

Una revista norteamericana, especializada en cuestiones económicas «World Report» (9) fija en dos millones y medio los americanos en busca de vivienda, en veinticinco millones los rusos dejados sin hogar por la guerra y en unos diez millones los necesitados de alojamientos en Inglaterra.

En España la carencia de vivienda ha sido calificada por la propia literatura oficial como «uno de los más graves problemas que afectan a toda la Nación» (10).

Si bien el problema de escasez de vivienda afecta a familias pertenecientes a todas las clases sociales, es evidente que las de menores posibilidades han de ser las que en último término encuentren insoluble el problema. Por

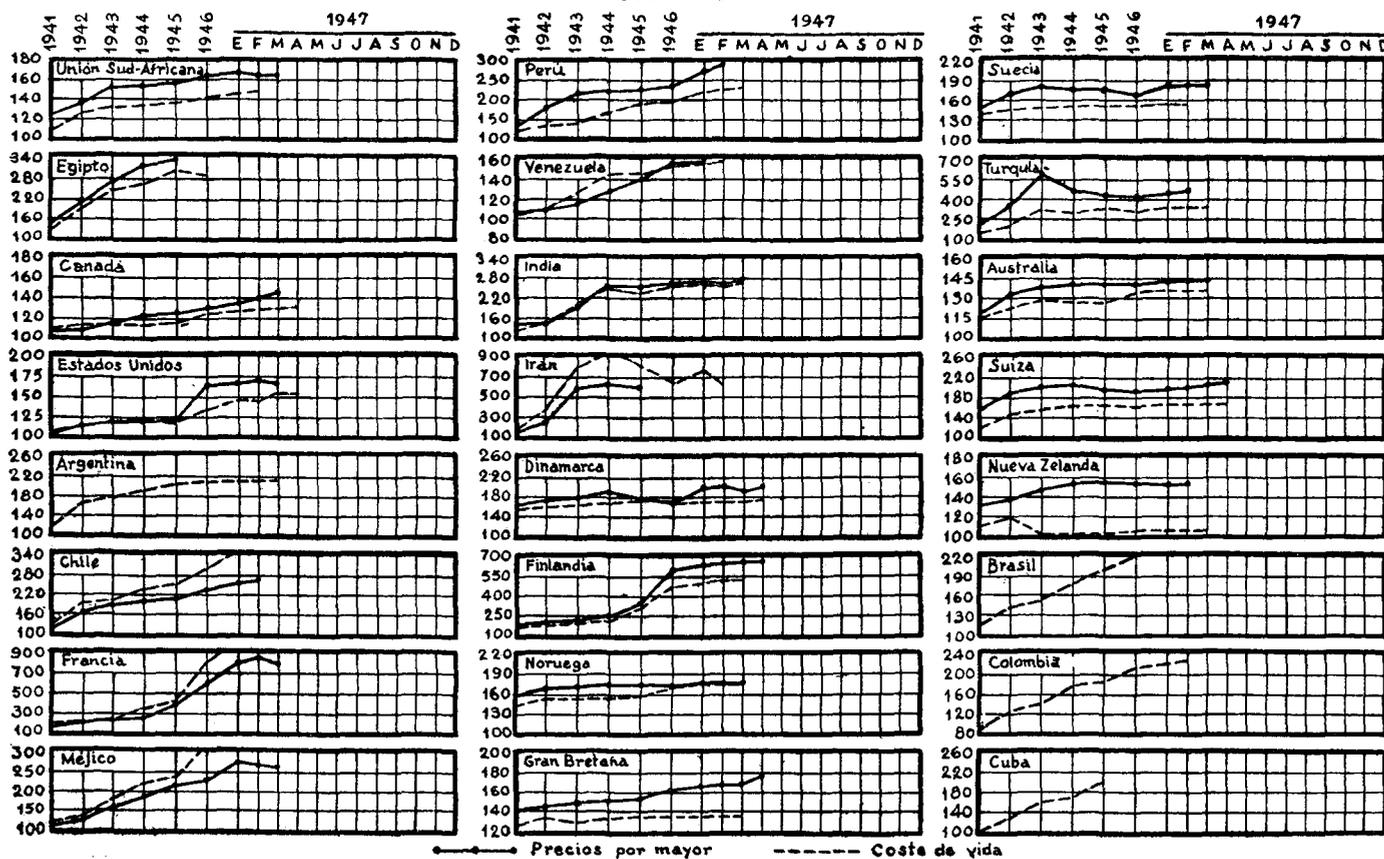
(8) Conclusiones publicadas en «Ecclesia».

(9) Número correspondiente al 10 de junio 1947.

(10) El preámbulo de la ley de 15 de mayo de 1945 de Ordenación de Solares («Boletín Oficial del Estado» del 17), dice así: «La carencia de viviendas es uno de los más graves problemas que afectan a toda la Nación. Al intento de construcción para solventar esta realidad, de solución inaplazable, se oponen diversos obstáculos, entre los que se cuentan la carencia de material y la especulación de solares.»

INDICES INTERNACIONALES DE PRECIOS AL POR MAYOR Y DEL COSTE DE LA VIDA

Base: 1937 = 100



(De «El Trabajo Nacional», diciembre 1947)

PLURA UT UNUM

ello no es de extrañar que todas las tendencias se inclinen hacia la construcción de viviendas precisamente para las clases más débiles económicamente.

El Congreso Nacional de Trabajadores Españoles, en sus sesiones celebradas el pasado año (11), preconizó como remedios al problema la emisión de un empréstito nacional y la movilización de todos los recursos de los organismos estatales, provinciales, municipales, organización sindical, Cajas de Ahorro, entidades de Crédito, Instituto Nacional de Previsión y Empresas para la construcción de viviendas ultrabaratadas para trabajadores; construcción de viviendas en régimen exclusivo de arrendamiento para productores de escaso jornal que no puedan convertirse en propietarios de su vivienda; dedicación forzosa en los edificios de alquiler no asequible a los trabajadores de un número proporcional de viviendas asequible a ellos; revisión de rentas para mantener la relación entre el precio de costo real de la finca y la renta debida; ley de congelación de la propiedad urbana que evite la especulación; que la cuantía del alquiler mensual de un obrero no exceda del importe de cinco jornales base del peón de la locali-

(11) Véanse las conclusiones en "Revista Internacional de Sociología", enero-marzo 1947, pág. 228.

dad; que el 20 por 100 de los beneficios extraordinarios de las Empresas, reservado para la vivienda obrera sea aplicado seguidamente.

Si tal es la situación y tales los drásticos remedios para España, en donde la guerra no ha pasado apenas, podemos colegir cuáles serán los medios de que se tendrá que hechar mano para reconstruir viviendas en zonas en las que como Alemania o Europa oriental la guerra se dejó sentir con todo el séquito de «tierra calcinada», bombardeos y destrucciones. Lo propio cabe pensar de aquellas regiones en las que perdura, larvada y latente, una guerra racial —India o Palestina—, o una lucha colonial —Indochina, Java—.

Como conclusión, diremos que si el valor y la prosperidad de un pueblo residen, como dijo S. S. Pio XII en su mensaje a los católicos franceses el 17 de junio de 1945, no en la acción ciega de una muchedumbre confusa, sino en la organización normal de las familias sanas y numerosas, no podremos contar con pueblos prósperos hasta tanto que desaparezcan o se neutralicen los actuales ataques ideológicos e impedimentos económicos que obstaculizan el que las familias sean numerosas y sanas.

J. M. Martínez-Mari

VENITE AD ME...

I

Déjanos, José, contemplar en silencio, un instante,
desde aquel oscuro rincón del establo, la escena;
El viento es cortante,
y aunque ya no nieva
Un manto blanquísimo cubre la ladera
de aquí hasta Belén...
Sí... tras aquel tronco
Lo veremos bien.

II

Mirad al pesebre.
¿No oís el crujir de la paja hacinada
debajo del Niño?
Su cara rosada
resalta pequeña y graciosa sobre el amarillo...
Y llora... mas, ¡no!...
¡que oigo ahora cesar su gemido!
Mira fijamente, ¡oh rostro divino!,
a la mujer plena, a la virgen madre

que a su lado vela...
Sus párpados tenues ya tiemblan...
Sus ojos tranquilos al poco se cierran...
¡Venid, no hagais ruido!
Salid con cautela...
¡Que el Niño Divino en ángeles sueña!
Vámonos despacio... ¡dejadle que duerma!

III

Hoy que el viento helado del escepticismo azota
al género humano que danza sobre el charco inmundo:
¿A quién no le queda una hora,
a quién no le queda un segundo,
para ir a llamar con cariño
sincero y profundo
a este tierno y dulce Corazón de niño?
¡Id, llamad ahora,
que en la dolorosa tarde de martirio
se ha de abrir fecundo,
manando torrentes de amor que renueven el mundo!

Francisco de Moxó

BALMES

La familia y el protestantismo

Hemos visto lo que debe al Catolicismo el individuo; veamos ahora lo que le debe la familia. Claro es que si el Catolicismo es quien ha perfeccionado al individuo, siendo éste el primer elemento de la familia, la perfección de ella deberá ser también mirada como obra del Catolicismo; pero sin insistir en esta ilación quiero considerar el mismo lazo de familia, y para esto es menester llamar la atención sobre la mujer. No recordaré lo que era la mujer entre los antiguos, ni lo que es todavía en los pueblos que no son cristianos; la historia, y aun más la literatura de Grecia y Roma, nos darían de ello testimonios tristes o más bien vergonzosos; y todos los pueblos de la tierra nos ofrecerían abundantes pruebas de la verdad y exactitud de la observación de Buchanan, de que dondequiera que no reine el cristianismo hay una tendencia a la degradación de la mujer.

Por de pronto, y antes de bajar a pormenores, es menester observar que a mejorar el estado de la mujer debieron contribuir sobremedida las grandiosas ideas del cristianismo sobre la humanidad, ideas que, comprendiendo al varón como a la hembra, sin diferencia ninguna, protestaban vigorosamente contra el estado de envilecimiento en que se tenía a esa preciosa mitad del linaje humano. Con la doctrina cristiana quedaban desvanecidas para siempre las preocupaciones contra la mujer; e igualada con el varón y la unidad de origen y destino, y en la participación de los dones celestiales, admitida en la fraternidad universal de los hombres entre sí y con Jesucristo, considerada también como hija de Dios y coheredera de Jesucristo, como compañera del hombre, no como esclava ni como vil instrumento de placer, debía callar aquella filosofía que se había empeñado en degradarla; y aquella literatura procaz que con tanta insolencia se desmandaba contra las mujeres hallaba un freno en los preceptos cristianos y una reprensión elocuente en el modo lleno de dignidad con que, a ejemplo de la Escritura, hablaban de ellas todos los escritores eclesiásticos.

Pero, a pesar del benéfico influjo que por sí mismas habían de ejercer las doctrinas cristianas, no se hubiera logrado cumplidamente el objeto, si la Iglesia no tomara tan a pecho el llevar a cabo la obra más necesaria, más imprescindible para la buena organización de la familia y de la sociedad: hablo de la reforma del matrimonio. La doctrina cristiana es en esta parte muy sencilla: *uno con una, para siempre*; pero la doctrina no era bastante, a no encargarse de su realización la Iglesia, a no sostener esa realización con firmeza inalterable, porque las pasiones, y sobre todo las del varón, braman contra semejante doctrina, y la hubieran pisoteado, sin duda, a no estrellarse contra el insalvable valladar que no les ha dejado vislumbrar ni la más remota esperanza de victoria. ¿Y querrá también gloriarse de haber formado parte del valladar el Protestantismo, que aplaudió con insensata algazara el escándalo de Enrique VIII, que se doblegó tan villanamente a las exigencias de la voluptuosidad del landgrave de Hesse-Cassel? ¡Qué diferencia tan notable! Por espacio de muchos siglos, en medio de las más variadas y muchas veces terribles circunstancias lucha impávida de la Iglesia católica con las pasiones de los potentados, para sostener sin mancilla la santidad del matrimonio; ni los halagos ni las amenazas nada pueden recabar de Roma que sea contrario a la enseñanza del divino Maestro; y el Protestantismo, al primer choque, o mejor diré, al asomo del más ligero compromiso, al solo temor de malquistarse con un príncipe y no muy poderoso, cede, se humilla, consiente la poligamia, hace traición a su propia conciencia, abre ancha

puerta a las pasiones para que pueda destruir la santidad del matrimonio, esa santidad que es la más segura prenda del bien de las familias, la primera piedra sobre que debe cimentarse la verdadera civilización.

Más cuerda en este punto la sociedad protestante que los falsos reformadores empeñados en dirigirla, rechazó con admirable buen sentido las consecuencias de semejante conducta, y ya que no conservase las doctrinas del Catolicismo, siguió al menos la saludable tendencia que él le había comunicado, y la poligamia no se estableció en Europa. Pero la historia conservará los hechos que muestran la debilidad de la llamada reforma, y la fuerza vivificante del Catolicismo; ella dirá a quién se debe que en medio de los siglos bárbaros, en medio de la más asquerosa corrupción, en medio de la violencia y ferocidad por doquiera dominante, tanto en el período de la fluctuación de los pueblos invasores, como en el del feudalismo, como en el tiempo en que desfollaba ya preponente el poderío de los reyes, ella dirá, repito, a quién se debe que el matrimonio, el verdadero paladín de la sociedad, no fuera doblegado, torcido, hecho trizas, y que el desenfreno de la voluptuosidad no campease con todo su ímpetu, con todos sus caprichos, llevando en pos de sí la desorganización más profunda, adulterando el carácter de la civilización europea y lanzándola en la honda sima en que yacen desde muchos siglos los pueblos de Asia.

Los escritores parciales pueden registrar los anales de la historia eclesiástica para encontrar desavenencias entre papas y príncipes y echar en cara a la corte de Roma su espíritu de *terca intolerancia* con respecto a la santidad del matrimonio; pero si no los cegara el espíritu de partida comprenderían que si esa *terca intolerancia* hubiera alojado un instante, si el Pontífice de Roma hubiese retrocedido ante la impetuosidad de las pasiones un solo paso, una vez dado el primero encontrábase una rápida pendiente y al fin de ésta un abismo; comprenderían el espíritu de verdad, la honda convicción, la viva fe de que está animada esa augusta cátedra, ya que nunca pudieron consideraciones ni temores de ninguna clase hacerla mudecer, cuando se ha tratado de recordar a todo el mundo, y muy en particular a los potentados y a los reyes: *Serán dos en una carne, lo que Dios unió no lo separe el hombre*; comprenderían que si los papas se han mostrado inflexibles en este punto, aun a riesgo de los desmanes de los reyes, además de cumplir con el sagrado deber que les imponía el augusta carácter de jefes del cristianismo, hicieron una obra maestra en política, contribuyeron grandemente al sosiego y bienestar de los pueblos; «porque los casamientos de los príncipes, dice Voltaire, forman en Europa el destino de los pueblos, y nunca se ha visto una corte libremente entregada a la prostitución sin que hayan resultado revoluciones y sediciones». (*Ensayo sobre la historia general*, tomo III, cap. CI.)

Esta observación tan exacta de Voltaire bastaría para vindicar a los papas, y con ellos al Catolicismo, de las calumnias de miserables detractores; pero si esa reflexión no se concreta al orden político y se la extiende al orden social, crece todavía en valor y adquiere una importancia inmensa. La imaginación se asombra al pensar en lo que hubiera acontecido si esos reyes bárbaros en quienes el esplendor de la púrpura no bastaba a encubrir al hijo de las selvas; si esos fieros señores encastillados en sus fortalezas, cubiertos de hierro y rodeados de humildes vasallos, no hubieran encontrado un dique en la autoridad de la Iglesia; si al echar a alguna belleza una mirada de fuego, si al sentir con el nuevo ardor que se engendraba

en su pecho, el fastidio por su legítima esposa, no hubiesen tropezado con el recuerdo de una autoridad inflexible. Podían, es verdad, cometer una tropelia contra el obispo, o hacer que enmudeciese con el temor o con los halagos; podían violentar los votos de un concilio particular, o hacerse un partido con amenazas o con la intriga y el soborno; pero allá, en obscura lontananza, divisaban la cúpula del Vaticano, la sombra del Sumo Pontífice se les aparecía como una visión aterradora; allí perdían la esperanza, era inútil combatir; el más encarnizado combate no podía dar por resultado la victoria; las intrigas más mañosas, los ruegos más humildes no recabarán otra respuesta que: *Uno con una, y para siempre.*

La simple lectura de la historia de la Edad Media, aquella escena de violencia donde se retrata con toda viveza el hombre bárbaro forcejeando por quebrantar los lazos que pretende imponerle la civilización, con sólo recordar que la Iglesia debía estar siempre en vigilante guarda, no tan sólo para que no se hiciesen pedazos los vínculos del matrimonio, sino también para que no fuesen víctimas de raptos y tropelias las doncellas, aun las consagradas al Señor, salta a los ojos que si la Iglesia católica no se hubiese opuesto como un muro de bronce al desbordamiento de la voluptuosidad, los palacios de los príncipes y los castillos de los señores se habrían visto con su serrallo y harén, y siguiendo por la misma corriente las demás clases quedara la mujer europea en el mismo abatimiento en que se encuentra la musulmana. Y ya que acabo de mentar a los sectarios de Mahoma recordaré aquí a los que pretendan explicar la monogamia y la poligamia sólo por razones de clima, que los cristianos y los mahometanos se hallaron por largo tiempo en los mismos climas, y que con las vicisitudes de ambos pueblos se han establecido las respectivas religiones, ora en climas más rígidos, ora en más templados y suaves; y, sin embargo, no se ha visto que las religiones se acomodasen al clima, sino que antes bien el clima ha tenido, por decirlo así, que doblegarse a las religiones.

Gratitud eterna deben los pueblos europeos al Catolicismo, por haberles conservado la monogamia, que, a no dudarlo, ha sido una de las causas que más han contribuido a la buena organización de la familia y al realce de la mujer. ¿Cuál sería ahora la situación de Europa, qué consideración disfrutaría la mujer, si Lutero, el fundador del Protestantismo, hubiese alcanzado a inspirar a la sociedad la misma indiferencia en este punto que él manifiesta en su *Comentario sobre el Génesis*. «Por lo que toca a saber, dice Lutero, si se pueden tener muchas mujeres, la autoridad de los patriarcas nos deja en completa libertad»; y añade después que *esto no se halla ni permitido ni prohibido, y que él por sí no decide nada*. ¡Desgraciada Europa, si semejantes palabras, salidas nada menos que de la boca de un hombre que arrastró en pos de su secta tantos pueblos, se hubiesen pronunciado algunos siglos antes, cuando la civilización no había recibido todavía bastante impulso para que, a pesar de las malas doctrinas, pudiese seguir en los puntos más capitales una dirección certera! ¡Desgraciada Europa, si a la sazón en que escribía Lutero no se hallaran ya muy formadas las costumbres, y si la buena organización dada a la familia por el Catolicismo no tuviera ya raíces demasiado profundas para ser arrancadas por la mano del hombre, el escándalo del landgrave Hesse-Cassel a buen seguro que no fuera un ejemplo aislado, y la culpable condescendencia de los doctores luteranos habría tenido resultados bien amargos! ¿De qué servirían para contener la impetuosidad feroz de los pueblos bárbaros y corrompidos aquella fe vacilante, aquella incertidumbre, aquella cobarde flojedad con que se amilanaba la Iglesia protestante a la sola exigencia de un príncipe como el landgrave? ¿Cómo sostuviera una lucha de siglos lo que al primer amago combate ya se rinde, lo que antes del choque ya se quebranta?

Al lado de la monogamia puede decirse que figura por

su alta importancia la indisolubilidad del matrimonio. Aquellos que se apartan de la doctrina de la Iglesia opinando que es útil en ciertos casos permitir el divorcio, de tal manera que se considere, como suele decirse, disuelto el vínculo, y que cada uno de los consortes pueda pasar a segundas nupcias, no me podrán negar que miran al divorcio como a un remedio y remedio peligroso de que el legislador echa mano a duras penas, sólo en consideración a la malicia o a la flaqueza; no me podrán negar que al multiplicarse mucho los divorcios acarrearía males de gravísima cuenta, y que para prevenirlos en aquellos países donde las leyes civiles consienten este abuso es menester rodear la permisión de todas las precauciones imaginables; y, por consiguiente, tampoco me podrán disputar que el establecer la indisolubilidad como principio moral, el cimentarla sobre motivos que ejercen poderoso ascendiente sobre el corazón, el seguir la marcha de las pasiones teniéndolas de la mano para que no se desvien por tan resbaladiza pendientes, es un eficaz preservativo contra la corrupción de costumbres, es una garantía de tranquilidad para las familias, es un firme reparo contra gravísimos males que vendrían a inundar la sociedad; y, por tanto, que obra semejante es la más propia, la más digna de ser objeto de los cuidados y del celo de la verdadera religión. ¿Y qué religión ha cumplido con este deber sino la católica? ¿Cuál ha desempeñado más cumplidamente tan penosa y saludable tarea? ¿Ha sido el Protestantismo, que ni alcanzó a penetrar la profundidad de las razones que guiaban en este particular la conducta de la Iglesia Católica?

Los protestantes, arrastrados por su odio a la Iglesia romana y llevados del prurito de innovarlo todo, creyeron hacer una gran reforma secularizando, por decirlo así, el matrimonio y declamando contra la doctrina católica, que le miraba como un verdadero sacramento. No cumpliría mi objeto el entrar aquí en una controversia dogmática sobre esta cuestión; bástame hacer notar que fué grave desacuerdo despojar el matrimonio del augustísimo sello de un sacramento, y que con semejante paso se manifestó el Protestantismo muy escaso conocedor del corazón humano. El considerar el matrimonio, no como un mero contrato civil, sino como un verdadero sacramento era ponerle bajo la augusta sombra de la religión y elevarse sobre la turbulenta atmósfera de las pasiones. ¿Y quién puede dudar que todo esto se necesita cuando se trata de poner freno a la pasión más viva, más caprichosa, más terrible del corazón del hombre? ¿Quién duda que para producir este efecto no son bastante las leyes civiles, y que son menester motivos que, arrancando de más alto origen, ejerzan más eficaz influencia?

Con la doctrina protestante se echaba por tierra la potestad de la Iglesia en asuntos matrimoniales, quedando exclusivamente en manos de la potestad civil. Quizás no faltará quien piense que este ensanche dado a la potestad secular no podía menos de ser altamente provechoso a la causa de la civilización, y que el arrojar de ese terreno a la autoridad eclesiástica fué un magnífico triunfo sobre añejas preocupaciones, una utilísima conquista sobre usurpaciones injustas. ¡Miserables! Si se albergaran en vuestra mente elevados conceptos, si vibraran en vuestros pechos aquellas armoniosas cuerdas que dan un conocimiento delicado y exacto de las pasiones del hombre y que inspiran los medios más a propósito para dirigir las, vierais, sintierais que el poner el matrimonio bajo el manto de la religión, substrayéndole, en cuanto cabe, de la intervención profana, era purificarle, era embellecerle, era rodearle de hermosísimo encanto, porque se colocaba bajo inviolable salvaguardia aquel precioso tesoro que con sólo una mirada se aja, que con un levisimo aliento se empaña. ¿Tan mal os parece un denso velo corrido a la entrada del tálamo nupcial y la religión guardando sus umbrales con ademán severo?



Dibuzada por Mengs

SACRA FAMILIA

Grabada por Carmona año 1781

Alocuciones de Pío XII a los jóvenes esposos

Siervo fiel y prudente a quien constituyó el Señor como jefe de su familia
para que dé a todos oportuno sustento

Su Santidad Pío XII distribuye a los futuros jefes de familia el trigo
de sus sobrenaturales y humanísimas enseñanzas

Mirad la cueva de Belén



Hay, en medio de las tristezas de la tierra, un grupo de seres que pueden mirar con serenidad el porvenir, parece que podéis ser vosotros, recientemente unidos con los vínculos del matrimonio cristiano, y resueltos a llenar lealmente, con los auxilios divinos que el sacramento os confiere, las obligaciones que éste os impone. En los días que acaban de transcurrir, habéis realizado uno de vuestros más dulces sueños. Os resta un anhelo que conseguir para el año que ahora comienza: que vuestra unión, bendecida ya invisiblemente por Dios con la gracia sacramental, reciba la bendición visible de la fecundidad.

Ahora bien, he aquí que la Iglesia propone en este tiempo de Navidad a vuestra consideración a una mujer y un hombre inclinados tiernamente hacia un niño recién nacido. Meditando el misterio de Navidad, contemplad, pues, la actitud de María y José; tratad, sobre todo, de penetrar en sus corazones y participar de sus sentimientos. Y entonces, no obstante la diferencia infinita entre la Natividad de Jesús, Verbo encarnado, Hijo de la Virgen purísima, y el nacimiento humano del pequeño ser a quien vais a dar la vida, podréis tomar con confianza para modelos vuestros a estos esposos ideales: María y José.

Mirad la cueva de Belén. ¿Es, acaso, una morada que llegue a convenir a unos modestos artesanos? ¿Qué significan esos animales, qué dicen esas alforjas de viaje, por qué esta absoluta pobreza? ¿Es esto lo que María y José habían soñado para el nacimiento del niño Jesús en la íntima dulzura de su casita de Nazaret? Tal vez José, desde hacía ya varios meses, sirviéndose de algunos trozos de madera del país, había aserrado, cepillado, pulido y adornado una cuna, coronada por un racimo de uvas entrelazadas. Y María —bien podemos pensarlo—, iniciada desde su infancia en el templo en las labores femeninas, había cortado, festoneado y bordado con algún gracioso dibujo, como toda mujer a quien anima la esperanza de una próxima maternidad, los pañales para el deseado de las gentes.

Y, sin embargo, ahora no están en su casita, ni junto a sus amigos, ni siquiera en una posada ordinaria: ¡están en un establo! Para obedecer al edicto de Augusto, habían hecho en pleno invierno un penoso viaje, aun sabiendo que el niño tan esperado estaba para venir al mundo. Y sabían bien que este niño, fruto virginal de la obra del Espíritu Santo, pertenecía a Dios antes que a ellos. Jesús mismo, doce años más tar-

de, debía recordárselo; los intereses del Padre celestial, Señor soberano de los hombres y de las cosas, debían anteponerse a los pensamientos de amor, por muy puros y ardientes que fueran, de María y de José. He aquí por qué aquella noche, en una miserable y húmeda cueva, adoran éstos, arrodillados, al divino recién nacido recostado en un duro pesebre, «positum in praesepio», en lugar de estar en la graciosa cuna; envuelto en pañales groseros, «pannis involutum», en lugar de las finas fajas.

También vosotros, queridos recién casados, habéis tenido, tenéis y tendréis dulces sueños sobre el porvenir de vuestros hijos. ¡Tristes de aquellos padres que no los tengan! Pero evitad que vuestros sueños sean exclusivamente terrenos y humanos. Ante el Rey de los Cielos, que temblaba sobre las pajas, y cuyo lenguaje, como el de todo hombre que viene a este mundo, era todavía el llanto: «et primem vocem similem omnibus emisi plorans», María y José vieron —con una luz interior que aclaraba las apariencias de la realidad material— que el niño más bendecido por Dios no es necesariamente el que nace en la riqueza y en el bienestar; comprendieron que los pensamientos de los hombres no están siempre conformes con los de Dios; sintieron profundamente que todo lo que acaece sobre la tierra, ayer, hoy y mañana, no es un efecto de la casualidad o de una buena o mala suerte, sino el resultado de una larga y misteriosa concatenación de sucesos, dispuesta o permitida por la providencia del Padre celestial.

Queridos recién casados, procurad sacar provecho de esta sublime lección. Prostrados ante la cuna del Niño Jesús, como lo hacíais tan inocentemente en vuestra niñez, rogadle que infunda en vosotros los grandes pensamientos sobrenaturales que llenaban en Belén el corazón de su padre adoptivo y de su madre Virgen. En los queridos pequeñuelos que vendrán, según esperamos, a alegrar vuestro hogar joven, antes de venir a ser el orgullo de vuestra edad madura y el sostén de vuestra vejez, no veáis solamente los miembros delicados, la sonrisa graciosa, los ojos en que se reflejan los rasgos de vuestro corazón, sino sobre todo y ante todo el alma, creada por Dios, precioso depósito confiado a vosotros por la bondad divina. Educando a vuestros hijos para una vida profundamente y animosamente cristiana, les daréis y os daréis a vosotros mismos la mejor garantía de una existencia feliz en este mundo y de una reunión dichosa en el otro.

3 de enero de 1940 (D. R. I., 463).

La Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús



¿CÓMO podríamos, queridos recién casados, dejar de hablaros del Sagrado Corazón de Jesús en este mes dedicado a El, durante la octava de su fiesta? ¿Cómo podríamos no hablaros del Sagrado Corazón, manantial inextinguible de ternura humana y divina, en un tiempo en que vuestro afecto reciente, tembloroso, ya de esperanza al despuntar los sueños que iluminan vuestro porvenir, ya de temor en la explosión de las violencias que obscurecen la presente convulsa edad, se pregunta con angustia si existe todavía un rincón de la tierra donde dos corazones humanos puedan amarse en la tranquilidad y en la paz?

La paz, por lo menos la del alma, compatible con las agitaciones del mundo exterior, nos invita Jesucristo a buscarla en la devoción a su Corazón. «Aprended de Mí —dice él—, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis reposo a vuestras almas.» Ser de la escuela de Jesús, aprender de su Corazón la dulzura y la humildad, divinos remedios para la violencia y el orgullo de donde proceden todas las culpas y todas las desventuras de los hombres, es el camino de la paz para los individuos y para las naciones mismas. Será también para vosotros la fuente de la felicidad que deseáis, y que Nos auguramos a vuestro hogar doméstico.

En las revelaciones llenas de amor que han dado en los tiempos modernos tanto impulso a la gran devoción hacia el Sagrado Corazón de Jesús, nuestro Señor prometió entre otras cosas que «dondequiera que la imagen de este Corazón sea expuesta para ser singularmente honrada, atraerá toda suerte de bendiciones». Confiados en la palabra divina podréis, pues, y querréis ciertamente asegurarnos los beneficios de tal promesa, conservando en vuestra casa la imagen del Sagrado Corazón con los honores que le son debidos. En las familias nobles, se ha considerado siempre como una gloria mostrar esculpidas en mármol, fundidas en bronce, pintadas sobre lienzo, las efigies de los grandes antepasados, que sus descendientes contemplan y admiran en los palacios o en los castillos con un sentido de legítimo orgullo. ¿Pero es acaso necesario ser noble o que un retrato de familia sea una obra de arte, para que el corazón se conmueva ante la imagen de un abuelo o de un padre? Son innumerables las pobres habitaciones donde en una tosca cornisa se guarda con piadoso cuidado una sencilla fotografía, acaso de tinte amarillento, con los rasgos desvaídos por el tiempo, recuerdo, sin embargo, inestimablemente precioso de un ser querido, de quien en una tarde de luto se cerraron los párpados y los labios, se sepultaron los restos, se perdió la presencia sensible; pero del que, a pesar de los años, se cree, mirando aquella pálida efigie, ver resplandecer todavía la dulce mirada, oír la voz familiar, sentir la mano acariciadora.

Queridos recién casados, hermanos de Jesús: que la imagen de su Corazón «que tanto ha amado a los hombres», sea expuesta y honrada en vuestra casa, como la del pariente más cercano y más amado, y que derrame los tesoros de sus bendiciones sobre vuestras personas, sobre vuestros hijos, sobre vuestras empresas. «Expuesta y honrada»: esto quiere decir que esta imagen no debe solamente velar sobre vuestro reposo en una habitación privada, sino ser lealmente expuesta con honor: sobre la puerta de entrada o en el comedor,

o en la sala de recibir, o en otro lugar de paso frecuente. Porque Jesús dice en el santo Evangelio: «A aquel que me confesare públicamente delante de los hombres, también yo le confesaré ante mi Padre que está en los cielos».

«Honrada»: Quiere decir que, ante la preciosa estatua o la modesta imagen del Sagrado Corazón, una mano delicada pondrá, por lo menos de cuando en cuando, algunas flores, encenderá una vela, o mantendrá también como signo constante de fe y de amor, la llama de una lámpara, y que en torno a ella se reunirá cada noche la familia, para un acto colectivo de homenaje, una humilde expresión de arrepentimiento, una petición de nuevas bendiciones.

En una palabra, el Sagrado Corazón es debidamente honrado en una casa, cuando allí es reconocido, por todos y por cada uno, como Rey de amor; lo que se expresa diciendo que la familia le ha sido consagrada. Porque el don total de sí hecho a una causa o a una persona santa, se llama consagración. Ahora bien, el Corazón de Jesús se ha comprometido a colmar de gracias especiales a aquellos que de ese modo se entreguen a él. «Nuestro Señor me ha prometido —escribía Santa Margarita María de Alacoque— que ninguno de cuantos se hayan consagrado a este corazón divino perecerá jamás.»

Pero quien se consagra debe cumplir las obligaciones que se derivan de un acto semejante. Cuando el Sagrado Corazón reina verdaderamente en una familia —y verdaderamente tiene derecho a reinar siempre— una atmósfera de fe y de piedad suele envolver en aquella casa bendita a personas y a cosas. ¡Lejos, pues, de ella todo lo que entristecería al Sagrado Corazón: placeres peligrosos, infidelidades, intemperancias, libros, revistas, figuras hostiles a la religión y a sus enseñanzas! ¡Lejos, en las relaciones sociales, aquellas condescendencias hoy demasiado comunes, que querrían conciliar la verdad con el error, la licencia con la moral, la injusticia egoísta y avara con la obligación de la caridad cristiana! ¡Lejos ciertas maneras de caminar por un camino medio entre la virtud y el vicio, entre el cielo y el infierno! En la familia consagrada, padres e hijos se sienten bajo la mirada y en la familiaridad de Dios mismo; son, por lo tanto, dóciles a sus mandamientos y a los preceptos de su Iglesia. Ante la imagen del Rey celestial que ha venido a ser su amigo terrestre y su huésped perenne, ellos afrontan sin temor, pero no sin mérito, todas las fatigas que exigen sus deberes cotidianos, todos los sacrificios que imponen las dificultades extraordinarias, todas las pruebas que aportan las disposiciones de la Providencia, todos los lutos y todas las tristezas que no sólo la muerte, sino la vida misma, sembraba inevitablemente como dolorosas espinas sobre los senderos de aquí abajo.

Queridos hijos e hijas: que pueda decirse esto también de vosotros. Viviendo ya en este mundo unidos a Jesús, recibéndolo incluso en la sagrada comunión, venerando cada día su imagen, no dejaréis la tierra sino para ir a contemplar eternamente la refulgente y beatificante realidad de aquel Corazón divino en el cielo. Con tal augurio, y como preludio y prenda de las más abundantes gracias os otorgamos a vosotros y a todas las personas queridas, nuestra paternal bendición apostólica.

5 de junio de 1940 (D. R., II, 133).

Confiadle el nuevo hogar que habeis fundado



ACE cuarenta y un años, en una hora difícil para la sociedad cristiana, pero menos angustiosa que la presente, nuestro glorioso predecesor León XIII recordaba en su Encíclica **«Annum sacrum»** cómo, cuando la Iglesia se encontraba oprimida bajo el yugo de los Césares, la cruz se apareció en lo alto a un joven emperador, como auspicio y causa de la próxima victoria; y añadía: «He aquí que hoy se ofrece a nuestra mirada otra divina señal llena de auspicios: el sacratísimo Corazón de Jesús, coronado por la cruz y brillante de espléndido fulgor entre las llamas. En El se deben colocar todas las esperanzas; a El se debe pedir, y de El se debe esperar la salvación de los hombres».

En el actual mundo revuelto y en este mes dedicado al Sagrado Corazón, os repetimos estas palabras a vosotros, queridos recién casados, que tenéis más necesidad que otros de mirar con confianza al porvenir. Consagraos a este Corazón divino y esperad de él vuestra salvación y vuestra felicidad.

Dios, que ha creado al hombre para amarle y para ser amado de Él, no ha hecho una llamada solamente a su inteligencia y a su voluntad; para tocar su corazón, ha tomado Él mismo un corazón de carne, y porque el signo más manifiesto de amor entre dos corazones es el don total del uno al otro, Jesús se digna proponer al hombre este cambio de corazones: Él ha dado el suyo en el calvario, lo da todos los días, millares de veces, sobre el altar, y en cambio pide el corazón del hombre: **«Praebe, fili mi, cor tuum mihi»**. ¡Hijo mío, dame tu corazón! Este llamamiento universal se dirige particularmente a la familia, porque son especiales los favores que a ésta le otorga el Corazón divino.

El hombre, obra maestra del Creador, está hecho a imagen de Dios. Ahora bien, en la familia esta imagen adquiere, por decirlo así, una peculiar semejanza con el divino modelo, porque como la esencial unidad de la naturaleza divina existe en tres personas distintas, consubstanciales y coeternas, así la unidad moral de la familia humana se actúa en la trinidad, del padre, de la madre y de su prole. La fidelidad conyugal y la indisolubilidad del matrimonio constituyen un principio de unidad que puede parecer contrario a la parte inferior del hombre, pero es conforme a su naturaleza espiritual; por otro lado, el mandamiento dado a la primera pareja humana: **creced y multiplicaos**, haciendo de la fecundidad una ley, asegura a la familia el don de perpetuarse a través de los siglos, y pone en ella como un reflejo de eternidad.

Las grandes bendiciones de la antigua Ley fueron prometidas y dadas a la familia. Noé no se salvó solo del diluvio; entró en el Arca «con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos», para salir de aquélla incólume con ellos; después de lo cual, Dios bendijo a él y a su descendencia, a la que ordenó crecer y multiplicarse hasta llenar la tierra. Las promesas hechas, solemnemente a Abraham, se dirigían, como recordaba San Pablo en su carta a los gálatas, no solamente a él, sino a su progenie, que poseería la tierra prometida y se multiplicaría hasta hacer del patriarca el padre de muchas gentes. Cuando Sodoma fué destruída a causa de su iniquidad, y precisamente de sus delitos contra la familia, el fiel Lot, advertido por los ángeles, fué librado con sus hijas y con sus yernos. Heredero de las promesas y predilecciones del Altísimo, el rey David cantó la misericordia divina que se derramaba sobre su estirpe de generación en generación, porque después de haberlo llamado cuando era un pastorzuelo y andaba tras de su rebaño, haberle dado un grande nombre y

haberle librado de todos sus enemigos, el Señor le anunció que «formaría una casa», es decir, una familia, y que tomaría cuidado de ella paternalmente: «cuando se cumplan tus días y tú duermas con tus padres, yo suscitaré después de ti a tu posteridad».

En la nueva Ley todavía se conceden a la familia nuevas gracias. El sacramento hace del matrimonio mismo un medio de mutua santificación para los cónyuges y un manantial inagotable de ayuda sobrenatural; hace a su unión símbolo de la unión entre Cristo y su Iglesia; les convierte en colaboradores de la obra creadora del Padre, de la obra redentora del Hijo, de la obra iluminadora y educadora del Espíritu Santo. ¿No es acaso ésta una verdadera predilección de Dios, un amor de su Corazón, como cantaba el salmista al ver los pensamientos del Corazón divino a través de las generaciones humanas: **«Cogitationes cordis eius in generatione et generationem»?**

Pero no es esto todo. Este Corazón da y promete a las familias cristianas todavía más. Ante todo, ha querido ofrecerles un modelo, por decirlo así, más tangible e imitable que la sublime e inaccesible Trinidad. Jesús, «autor y consumidor de la fe», que renunció a los gozos humanos y, «dejando la alegría sostuvo la cruz, sin hacer caso de la ignominia», gustó sin embargo la dulzura del hogar doméstico en Nazaret. Nazaret es el ideal de la familia, porque en ella la autoridad serena y sin asperezas se junta con una obediencia sonriente y sin indecisiones; porque la integridad se une allí a la fecundidad, el trabajo a la oración, el buen querer humano a la benevolencia divina. Este es el ejemplo y el ánimo que Jesús os ofrece. Pero su Corazón os reserva a vosotros, cabezas de familia de los siglos nuevos, bendiciones todavía más explícitas.

A las familias que se consagran a Él, este Corazón divino se ha comprometido a asistirles y protegerlas cuando se encuentren en cualquier necesidad. ¡Ah, cuántas necesidades, y a veces bien duras, oprimen hoy a las familias, y a cuántas las amenazan! Ninguna, acaso, puede decirse sin desventuras en el presente y sin preocupaciones en el porvenir, además de que en la familia el peligro de cada uno es inquietud de todos, y el peligro de todos aumenta la ansiedad de cada uno.

Ahora es, por lo tanto, más oportuno que nunca el momento de dirigiros al Sagrado Corazón y de consagraos a El con todo lo que os es querido. Confiadle el nuevo hogar que habéis fundado y que no espera sino desenvolverse en la calma, aun en medio de las agitaciones del mundo exterior. Confiadle la casa que tal vez habéis debido abandonar, dejando a vuestros padres ancianos privados en adelante de vuestro apoyo. Confiadle la patria cuya tierra, fecundada con el sudor y acaso también con la sangre de vuestros abuelos, os pide que seáis generosos en servirla. Confiadle con Nos la santa Iglesia que tiene promesa de vida eterna y sabe que no sucumbirá a los asaltos del infierno, pero que llora como Raquel sobre muchos de sus hijos que ya no existen, sobre tantos de sus templos destruídos, de sus sacerdotes impedidos en el ejercicio de su ministerio, sobre innumerables almas pobres, ovejas errantes entre las ruinas de su redil destruído o en el desierto del destierro, mientras las energías unidas del engaño y de la seducción se esfuerzan por apartarles del único verdadero pastor divino.

Confiad, en fin, al Sagrado Corazón, la humanidad entera, esta humanidad dividida, lacerada, ensangrentada. Millares de hombres se han olvidado de su bautismo, acaso también de la ley esculpida por el Creador en el fondo de toda conciencia humana; que pue-

dan volver a encontrar su recuerdo con un sentimiento de confusión dolorosa y, después de sus prevaricaciones, entrar de nuevo en su propio corazón: «**Mementote istud et confundamini: redite, praevaricatores, ad cor!**» Que puedan en este retorno a su pasado y al de sus abuelos, acordarse de que no hay sino un Dios y que El es sin rival: «**Recordamini prioris saeculi, quoniam ego sum Deus... nec est similis mei**». Pero sobre todo, que mirando con amor la imagen del Sagrado Corazón,

se acuerden de que este Dios sin igual se hizo igual a los hombres; que tiene un corazón semejante al suyo y herido de amor por ellos; que este Corazón, vivo en el tabernáculo, está siempre pronto a acoger su arrepentimiento y sus oraciones, siempre abierto para derramar sobre ellos, con la efusión de su sangre, la abundancia de sus gracias, únicas capaces de curar todas las miserias, de enjugar todas las lágrimas y de disipar todas las ruinas.

19 de junio de 1940 (D. R., II, 145).

Haced de este Corazón el rey de vuestra casa



LOY podremos, queridos recién casados, proponer a vuestra contemplación el cuadro gracioso que la Iglesia ofrecía anteaer a la piedad de los fieles: un niño, Juan Bautista, fruto milagroso de unas bodas largo tiempo estériles, y cuyo nacimiento fué acompañado de tales prodigios, que los amigos y conocidos de la familia se preguntaban estupefactos: «¿qué niño será éste?».

Podremos también, arrodillándonos con vosotros junto a la tumba de los príncipes de los Apóstoles, cuya fiesta celebrará solemnemente la Iglesia de aquí a tres días, recordaros el eco de las sabias enseñanzas que daban a los fieles de su tiempo San Pedro en su primera carta, y San Pablo en la epístola a los efesios.

Pero en una época agitada, en que acaso estáis inquietos por el porvenir de vuestro hogar recién fundado, estimamos todavía más útil una palabra de aliento análoga a la que ya en otras ocasiones, en este mismo mes de junio, hemos dirigido a los recién casados reunidos en torno a Nos, para deciros: «Queridos hijos e hijas, volved al Sagrado Corazón de Jesús, consagraos a Él enteramente, y vivid en la serenidad y en la confianza».

No hay duda de que, si se quiere salir de modo durable de la crisis actual, será preciso reedificar la sociedad sobre bases menos frágiles, es decir, más conformes a la moral de Cristo, fuente primera de toda verdadera civilización. No es menos cierto que, si se quiere conseguir tal fin, hará falta comenzar por hacer de nuevo cristianas a las familias, muchas de las cuales han olvidado la práctica del Evangelio, la caridad que requiere y la paz que trae.

La familia es el principio de la sociedad. Como el cuerpo humano se compone de células vivientes, que no están sólo yuxtapuestas la una junto a la otra, sino que constituyen un todo orgánico con sus íntimas y constantes relaciones, así también la sociedad está formada no por un conglomerado de individuos, seres esporádicos que aparecen un instante para desvanecerse en seguida, sino por una comunidad económica y una solidaridad moral de las familias, que transmitiendo de generación en generación la preciosa herencia de un mismo ideal, de una misma civilización, de una fe religiosa, aseguran la cohesión y la continuidad de los vínculos sociales. San Agustín lo notaba hace quince siglos, cuando escribía que la familia debe ser el elemento inicial y como una célula (**partícula**) de la ciudad. Y como toda parte está enderezada al fin y a la integridad del todo, deducía de ahí que la paz en el hogar doméstico, entre quien manda y quien obedece, ayuda a la concordia entre los ciudadanos. Bien lo saben los que, para expulsar a Dios de la sociedad y lanzarla en el desorden, se esfuerzan por quitar a la familia el respeto y hasta el recuerdo de las leyes divinas, exaltando el divorcio y la unión libre, poniendo trabas al papel providencial confiado a los padres con respecto a sus hijos; infundiendo en los esposos el temor de

las fatigas materiales y de las responsabilidades morales que lleva consigo el glorioso peso de una prole numerosa. Contra semejantes peligros deseamos preveniros, recomendándoos que os consagréis al Corazón Santísimo de Jesús.

Lo que ha faltado, lo que falta al mundo para vivir feliz en la paz, es el espíritu evangélico de sacrificio, y este espíritu falta porque, cuando la fe se debilita, viene a prevalecer el egoísmo, que destruye y hace imposibles la felicidad en común. De la fe brotan el temor de Dios y la piedad, que hacen a los hombres pacíficos; el amor al trabajo que conduce al aumento de las mismas riquezas materiales; la equidad que enseña y asegura su recta distinción; la caridad que repara asiduamente las inevitables brechas abiertas en la justicia por las pasiones humanas. Todas estas virtudes suponen el espíritu de sacrificio al que está obligado el creyente: «el que quiere venir en pos de mí, dice Jesús, reniegue de sí mismo». Por el contrario, entre los hombres como entre los pueblos, las ambiciones de cada uno no podrán nunca conciliarse con el bienestar de todos. ¿De dónde vienen, exclama el Apóstol Santiago, las guerras y las riñas entre vosotros? ¿No vienen acaso de vuestras concupiscencias que guerrearán en vuestros miembros?»

Para volver a encontrar la paz, hace falta, por lo tanto, que los hombres hagan lo que desde hace siglos les predicaron Jesucristo y su Iglesia: sacrifiquen sus propias aspiraciones y sus propios deseos, en cuanto aparezcan incompatibles con los derechos ajenos o con el interés colectivo. A este fin les encamina por una vía dulce y segura la devoción al Sagrado Corazón.

Porque en primer lugar, la imagen del Divino Corazón, rodeado de llamas, coronado de espinas, abierto por la lanza, recuerda hasta qué punto amó Jesús a los hombres y se sacrificó por ellos, es decir, según sus propias palabras, «hasta agotarse y consumirse». Además, el lamento del Salvador por la infidelidad y las ingratitudes de los hombres imprime a esta devoción un carácter esencial de penitencia expiadora. Nuestro gran predecesor Pío XI lo aclaró admirablemente en su encíclica «**Miserentissimus Redemptor**», y en la oración litúrgica de la fiesta del Sagrado Corazón, donde se dice que el devoto obsequio de nuestra piedad («**devotum pietatis nostrae obsequium**») debe añadirse una digna satisfacción por nuestros pecados («**digna satisfactionis officium**»). Estos dos elementos hacen a la devoción del Sagrado Corazón eminentemente apta para restablecer el orden quebrantado, y con esto para preparar y promover el retorno de la paz. La grande obra de Cristo, o, para hablar con San Pablo, la obra que Dios hizo en El, era reconciliar consigo al mundo («**Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi**»), y la sangre, cuyas últimas gotas brotaron del Corazón de Jesús sobre la cruz, es el sello de la nueva Alianza que reanuda los vínculos de amor entre Dios y el hombre, rotos por el pecado original.

Haced, pues, de este Corazón el rey de vuestra casa,

y estableceréis en ella la paz. Tanto más cuanto que El mismo, renovando y determinando las bendiciones de su Padre celestial hacia las familias fieles, prometió hacer reinar la paz en aquellas que le fueren consagradas.

¡Oh, si todos los hombres escuchasen esta invitación y esta promesa! Dos gloriosos predecesores nuestros, León XIII y Pío XI, como padres comunes de la cristiandad y guías inspirados del género humano sobre este mundo, lo consagraron solemnemente, es verdad, al Corazón de Jesús. Pero, ¡cuántas almas ignoran todavía, cuántas hasta desprecian el manantial de gracia que les ha sido abierto y les es tan fácilmente accesible! ¡Ah!, no seáis vosotros de aquellos negligentes o necios que dejan cerradas al Rey de amor las puertas de su hogar, de su ciudad, de su nación, y retrasan con eso mismo el día en que el mundo, pacificado, vuelva a encontrar la verdadera felicidad. ¿Cerraríais acaso vuestra ventana, si vierais volar ante ella, como Noé

ante el Arca, la paloma con el ramo de olivo? Pues lo que promete y trae el Sagrado Corazón es más que un símbolo, es la realidad de la paz. Jesús os pide únicamente que le deis sinceramente vuestro corazón; tal es la verdadera consagración. Tened la valentía de hacerla, y aprenderéis por experiencia que Dios no se deja nunca vencer en generosidad.

Sean las que fueren, hoy o mañana, las dificultades de la vida en torno a vosotros, no experimentaréis ya aquellos desalientos y aquellas tristezas que conducen al abatimiento; porque desalentarse es faltar el corazón; pero vosotros tendréis, en lugar de un débil corazón humano un corazón conforme al de Dios mismo. Entonces veréis realizarse en vuestra familia, en vuestra patria, en la cristiandad y en la humanidad entera, la promesa del Señor al profeta Jeremías; «yo les daré un corazón para conocerme... y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, porque volverán a mí con todo su corazón».

26 de junio de 1940 (D. R., II, 153).

CARDENAL GOMÁ

Grandeza de la familia

Ofreced al Señor, familias de los pueblos, ofreced al Señor la gloria y el poder. (1 Par., 16, 28.)

Asistimos hoy a un espectáculo deplorable: el desquiciamiento de la familia, consecuencia fatal de la descristianización de nuestra sociedad.

La familia lleva en si misma algo divino y, por lo mismo, algo religioso. Fundóse la familia con la intervención directa del mismo Dios, que quiso plasmar con sus manos omnipotentes la primera pareja humana, bendecir el primer himeneo y darle, con su bendición, la maravillosa fuerza de multiplicar la vida en el mundo. Jesucristo, al restaurar todo orden humano, quiso que la familia cristiana se fundara sobre un sacramento, el matrimonio, símbolo de la divina unión del Hijo de Dios con su Iglesia. La historia nos dice que en todas partes se consideró la familia como obra de la divinidad, bajo cuya tutela vivió, en las civilizaciones refinadas como en los pueblos salvajes. Ningún pueblo separó jamás la familia de la religión: las aras estuvieron siempre junto a los hogares: *Pro aris et focis*. Siempre el sacerdote y los ritos sagrados acompañaron las ceremonias nupciales en los diversos pueblos.

Es por ello que, cuando en nuestros días ha decrecido el espíritu y el sentido religioso del pueblo, se han aflojado los vínculos de la familia, perdiendo ésta su fuerza cohesiva, que es el mismo Dios, y ofreciéndonos la triste visión de sus ruinas, en todos los elementos que la componen: ruina del vínculo conyugal, de la santidad de las relaciones entre los esposos, del criterio que debe informarles en el régimen de la familia, de la obediencia y respeto de los hijos, de las funciones educadoras, del sentido de los destinos, de orden temporal y eterno, a que Dios llama a esta institución fundamental de las sociedades.

Hacer la familia religiosa, es engrandecerla. Llevar a sus entrañas el fermento de los principios cristianos sobre los que Dios quiso se asentara, es vigorizarla y hacerla apta para los grandes fines que debe llenar en el mundo. Iluminarla, en su constitución y en sus funciones, con la luz brillante y cálida que para ella tiene la revelación cristiana, donde hay que buscar la verdadera grandeza de las humanas cosas, es obra de apología, de glorificación de

la familia, de apostolado y, sobre todo, de defensa social.

Son los fines que nos proponemos lograr en esta serie de capítulos que nos ha dictado el deseo de colaborar en la grande obra de la restauración de todas las cosas en Cristo, y cuya labor nos ha hecho fácil lo sugestivo del título de este libro, que los encabeza y sintetiza como en denominador común.

¡Tema delicioso el de la familia! Porque el solo nombre y el solo recuerdo de la familia parece que inunda de luz nuestro espíritu, y que engendra en él el suave calor de las cosas amables, la dulce armonía de las cosas bellas.

Tema simple y complejo a la vez, como suelen serlo los que se refieren a los grandes factores y fuerzas del mundo físico y moral, en los que, como en núcleos misteriosos, convergen y se concentran mil fuerzas y factores que no se adivinan hasta que se sujetan a la alquimia del pensamiento analizador.

Tema vasto y profundo el de la familia. Porque el árbol de la familia alarga su raigambre hasta meterse en las fuentes mismas de la vida humana, hasta tocar los más profundos sillares en que se asienta el gran edificio de las sociedades; y extiende por otra parte su ramaje frondoso y copudo bajo el sol de todo cielo, cobijando en él a toda la historia, a todo el mundo.

Tema de actualidad apremiante. Porque de este árbol de la familia cristiana, bajo el cual, pacíficamente sentada, ha visto la más grande de las civilizaciones pasar ya veinte siglos, el nihilismo pulverizador de nuestros días golpea con tremendos hachazos el tronco vetusto, las raíces vivas, para derribarlo, y para que perezca la sociedad en el desamparo de un día sin amor, en el torbellino de todos los egoísmos desencadenados.

Tema profundamente cristiano. Porque yo me atrevo a llamar a la familia la pupila del ojo del cuerpo social cristiano, que no puede tocarse sin que todo él sufra gravísimo riesgo: porque disminuir el sentido cristiano de la familia, estancar las aguas vivas de nuestra religión para que no penetren en su sagrado coto, es debilitar el vigor cristiano de los pueblos, es parar el ritmo del corazón que debe hacerlos vivir en Cristo y por Cristo. Porque la generalidad de los cristianos de hoy no piensan, ni sienten,

ni obran bien en lo que atañe a la familia; y es preciso se les diga a los pueblos: Ved la familia cristiana; vosotros quizás no hacéis caso de esta institución, ni trabajáis por ella; pero sabedlo: si se descristianiza la familia —y ello será si no la conocéis ni la ayudáis—, la vuelta a la paganización del mundo es fatal; habrá llegado su hora cuando la sociedad no halle ya en el seno del hogar la savia cristiana que absorber, para llevarla de allí, por todas las articulaciones, hasta la periferia de la vida social...

La familia como elemento social y político

La familia, con toda su grandeza, es marco estrecho para la perfección a que Dios llama al hombre. Dios puso en su corazón el instinto social: ello le lleva a lo que los filósofos dicen *la máxima sociedad natural*, que es la conyugal: de ella brotan los hijos, como los pétalos del capullo, para formar la sociedad paternal; y ambas se completan con la sociedad heril. Y aquí tenemos salvada la primera etapa de la sociabilidad del hombre.

Pero el instinto social rebasa naturalmente las estrecheces de la casa, *domus*, y tiende a la alianza de las familias entre sí, para la constitución del municipio, *civitas*, para agruparse a su vez los municipios en provincias, principados, reinos o imperios.

La *ciudad*, en el sentido político que damos a esta palabra, es una exigencia de la misma naturaleza. No le basta la familia al hombre, porque en ella no puede lograr todos sus fines: por ello la familia, aun siendo una sociedad completa, es imperfecta. Dios impuso al hombre la ley de la conquista de la naturaleza: *Dominad, someted...* y las familias no podrían por separado adueñarse de los tesoros de verdad, de energía, de riqueza, que el mundo atesora. Es preciso que se junten familias a familias y mancomunen sus esfuerzos para estas difíciles conquistas.

El mismo hombre siente aspiraciones que no pueden llenarse en el coto de la familia, como son: la constitución de grandes colectividades humanas, el instinto de las relaciones múltiples, el mismo natural impulso que le lleva a aunar sus esfuerzos con otro hombre para el logro del mismo fin. Ni podría el hombre subvenir a todas sus necesidades en el seno de la familia; ni habría paz con las familias disgregadas; ni se bastara la familia para defenderse de la agresión injusta; ni podría llenar los deberes de una religión que Dios quiso que fuera social.

De aquí estas vastas agrupaciones humanas, tan naturales como el mismo hombre y la misma familia, en las que cada individuo aporta las aptitudes diversas que Dios ha dado a los humanos; en que se entrecruzan y estimulan inteligencias y voluntades, para arrancar a la esfinge del mundo los misterios de la verdad, y los secretos de las fuerzas, naturalezas y leyes; para escalar las cimas de la ciencia y del arte; para disminuir los males de la vida y aumentar las legítimas comodidades; en que muchas familias se someten al régimen uniforme de un mismo poder y de unas mismas leyes, para lograr esta maravilla del mundo que llamamos la *civilización*, que no es más que el florecimiento y esplendor de la ciudad, *civitas*, y de las grandes agrupaciones de ciudades y reinos del mundo.

Y ved aquí la grandeza de la familia en el orden social: es el principio de la ciudad, la semilla de la república, como la llama Cicerón: *Principium urbis, et quasi seminarium reipublicae*. Es la célula de este organismo social. No es la sociedad una masa amorfa: está formada de núcleos vivos, entre sí trabados, que son las familias. La resultancia es la gran familia humana, cuya grandeza la multiplicación de la gloria de cada una de ellas, porque su potencialidad se centuplica al ponerse en contacto unas con otras.

No toquéis la familia, a pretexto de que es una sociedad microscópica dentro la sociedad universal de los hombres. El mal de la familia es el mal de la sociedad; la muerte de la familia es la muerte de la sociedad; como el

mal y la muerte de las células vivas del cuerpo humano es no es sólo la suma de la grandeza de las familias, sino la enfermedad y la muerte del mismo cuerpo. Dios ha querido que la sociedad no fuera solamente el resultado de la yuxtaposición de muchas familias, sino que un como espíritu vital las uniera entre sí y las solidarizara para los grandes fines de la vida humana. Por esto el daño que se infiere a la familia es daño que se hace a la sociedad. [...]

Porque es así, ved un fenómeno histórico. Todas las herejías que no atentan sólo contra la verdad de un dogma en el terreno de la especulación teológica, sino que entrañan consecuencias de orden político y social —montanistas, valdenses, albigenses, protestantes—, todas han dirigido sus ataques contra la familia, y han sancionado, en mayor o menor escala, principios y orientaciones que tienden a destruir el concepto y el hecho cristiano de la familia. No hay que hablar de las teorías de Hobbes y Rousseau, de los excesos del filosofismo y de la revolución, que nos trajeron la relajación de la familia por el divorcio, y menos aún de las demolidoras doctrinas del comunismo rojo, que tiende a invadirnos.

En cambio, ved a la Iglesia de Cristo sosteniendo, a través de los siglos, una lucha titánica contra los enemigos de la familia, en el orden de los principios y de los hechos, e inoculando sin cesar en la entraña misma de la familia la savia cristiana que la conserven en su vigor y pureza según Cristo.

Y la familia, que se ha dado cuenta del poder y de la perfidia de sus enemigos, que ha visto a la Iglesia ampararla contra todos los ataques que tienden a debilitarla o destruirla, se ha convertido, por natural instinto de conservación y por deber de gratitud, en una especie de santuario donde la religión, después del templo, tiene sus más profundas, dulces y eficaces manifestaciones.

* * *

Por ello, y es este argumento poderoso en pro de la grandeza de la familia, fué ella honrada por Dios en todo tiempo. Dios es quien personalmente trataba, bajo las frondas del Paraíso, con la primera familia que El mismo constituyera. Dios es el vengador del primer agravio inferido al amor fraterno, en la persona de Cain. Dios es el que salva al mundo por la familia de Noé, cuando toda carne había corrompido sus caminos. Dios sale por el honor del padre ultrajado, maldiciendo a Cam. Dios es quien funda su pueblo, «el pueblo de Dios», sobre la familia de Abraham. Dios es quien jalona los tiempos de su pueblo, hasta que se llegue a la institución del reino teocrático, con la historia de los grandes patriarcas, que no es más que la historia de las familias en las que había Dios vinculado sus promesas. Dios es el que da a su pueblo una constitución esencialmente familiar, dividiéndolo en doce tribus, que son doce ramas de un mismo tronco de sangre; las tribus en *casas*, ramas secundarias de las tribus; y las casas en *familias*, según el concepto que de familia hemos dado.

A cada página de las Escrituras del Testamento viejo se lee algo relativo a la familia. Por familias se ora; por familias se sirve a Dios en el templo; por familias se distribuyen las cargas y honores; hasta por familias se organizan los grandes duelos: *Y llorará todo el país: Las familias por separado unas de otras...* La sangre de la familia no debe mezclarse con la de otra estirpe. El hermano del marido difunto debe casar con la cuñada viuda, para que no quede un hombre sin familia. La prescripción de las genealogías no tiene por objeto sino salvaguardar la autonomía histórica y de sangre de las familias.

Y un día, para que vieran los hombres como Dios honra a la familia, una de estas genealogías, la que nos describe el evangelista San Mateo, terminaba con estas palabras: *De Jacob nació José, esposo de María, de la que nació Jesús, que se llama el Cristo*. Es la Sagrada Familia, a la que toda la cristiandad honra y venera. Tanto honró Dios a la familia, que quiso que la segunda persona de la Santi-

sima Trinidad se hiciera Hijo de la familia, con el nombre de Jesús; que tuviera una Madre de familia, María; que tuviera un Padre legal, José, a quien constituyó Dios sobre su familia.

Tanto honró Dios a la familia, que quiso que del costado de su Hijo naciera la santísima Iglesia; y esta Iglesia se llama a sí misma la *Familia de Dios: Familiam tuam, quae sumus, Domine...* Familia inmensa, donde todos somos hermanos, que tenemos el mismo Padre, Cristo, y la misma madre, María.

Y quiso más Dios: quiso que en las mismas entrañas de la familia, en esta gran familia de la Iglesia, se pusiera

como divino fermento la gracia del Sacramento del matrimonio, para que quedara la familia santificada en su misma raíz. Y quiso, por ministerio de su Vicario en la tierra, que la Sagrada Familia fuese el divino modelo según el cual se conformaran todas las familias cristianas.

Loado sea el Señor, que ha hecho tan grande a la familia: *Ofreced al Señor familias de los pueblos; ofreced al Señor la gloria y el poder.* Loado sea el Señor, que ha hecho de la familia el germen de toda grandeza en el mundo, y ha querido constituir sobre la tierra una Familia, a la que quiso pertenecer Él mismo, para que en ella se miraran todas las familias del orbe.

La consagración al Sagrado Corazón de Jesús debe proceder del conocimiento de la persona y doctrina de Cristo

CARTA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XV
SOBRE LA CONSAGRACIÓN DE LAS FAMILIAS AL SACRADO CORAZÓN

Al Reverendo Padre Mateo Crawley Boevey, sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Querido hijo: salud y bendición apostólica.

Hemos leído con placer tu carta, junto con los documentos que la acompañan, por los que venimos en conocimiento del celo y acierto con que te ocupas desde hace años en la obra de la consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús. Entronizando su imagen en el lugar más honroso de la casa, parece verdaderamente que Cristo Señor reina en el seno de los hogares católicos.

Nuestro predecesor de feliz memoria León XIII consagró ya el linaje humano todo al Sagrado Corazón, y es famosa en esta materia su Encíclica «*Annum Sacrum*». Pero aunque haya tenido lugar aquella consagración universal, no por esto resulta superflua esta consagración de cada familia en particular, antes al contrario, aparece en gran manera conforme con ella y muy conducente a la intención del santo Pontífice: porque lo que es propio nos toca mucho más de cerca que lo común.

En esta empresa tuya, nos alegra comprobar que el fruto de tus trabajos ha sobrepasado lo que era de esperar, por lo cual te exhortamos a que perseveres con diligencia en ellos. Llevas entre manos, en efecto, un asunto tal que no lo hay en nuestros días de mayor importancia.

Muchos, hoy día, desean y se esfuerzan por conseguir —y ojalá que fuese sin éxito— la perversión, tanto en la vida privada como en la pública, de las costumbres que había formado y protegido la Iglesia; borrando de la sociedad todo rastro de la sabiduría y honestidad cristianas, pretenden llevarla de nuevo a las lamentables costumbres del paganismo.

Los malos han escogido como blanco principal de sus dardos a la sociedad doméstica, que es el principio y germen de donde brota la sociedad civil; y les parece con razón que conseguirán infaliblemente la mudanza o mejor dicho la corrupción de la sociedad civil que se proponen buen punto consigan corromper las costumbres familiares.

Así, sancionan la ley del divorcio, con lo que destruyen la estabilidad del matrimonio; obligan a la juventud a seguir la enseñanza oficial (cuya institución dista mucho de ser conforme, a menudo, con la Religión), con lo que debilitan, en materia de tanta impor-

tancia, la patria potestad; enseñan el arte vergonzoso de satisfacer la voluptad defraudando la naturaleza, con lo que esterilizan impiamente la fuente misma del género humano, manchando con costumbres las más impuras la santidad del tálamo.

Con razón, pues, querido hijo, para tomar la defensa de la sociedad humana te esfuerzas por sobre de todo en formar y fomentar en la familia el espíritu cristiano, esforzándote para que reine en lo más íntimo suyo la caridad de Cristo. Lo cual haces avalado por el mismo Cristo que prometió bendecir con sus dones las casas en las que la imagen de su Corazón estuviere expuesta y piadosamente honrada.

Muy santo es, por consiguiente, el tributar a nuestro amantísimo Redentor este honor y culto; pero no todo debe reducirse a esto. Es preciso, sobre todo, conocer a Cristo; conocer su doctrina, su vida, su pasión y su gloria; no seguirle por un superficial sentimiento de religiosidad, que fácilmente conmueve a los corazones tiernos y sentimentales; que hace derramar algunas lágrimas, pero que deja intactos los vicios; sino con una fe viva y firme, que dirija y ordene los pensamientos, deseos y costumbres.

La causa de que la mayoría de los hombres prescinda por completo de Jesucristo en su vida y de que muchos otros le amen tan tibiamente reside en el desconocimiento casi absoluto, o en el conocimiento muy insuficiente que respectivamente tienen de Él.

Persevera, pues, amado hijo, en tu empeño y esfuerzo por reanimar en los hogares católicos las llamas del amor hacia el Sagrado Corazón de Jesús; pero queremos que te empeñes también y ante todo te esfuerces en que este amor se siga de un conocimiento cada día mayor y más profundo de Nuestro Señor Jesucristo así como de su verdad y doctrina.

Por nuestra parte, al objeto de estimular en esta materia la piedad de todos, extendemos a todas las familias del orbe católico que se consagren al Sagrado Corazón de Jesús las indulgencias que nuestro predecesor Pío X concedió, en 1913, a las familias de Chile que tal hicieran, a ruegos de los Obispos de aquella Nación.

Como auspicio de bienes celestes y testimonio de nuestra paternal benevolencia, recibe, querido hijo, la bendición apostólica que de todo corazón te damos.

En Roma, junto a San Pedro. 27 de abril de 1915, año I de nuestro Pontificado.

PAPA BENEDICTO XV

Caminos de perdición

Y II

Comunismo y liberalismo

Si nos fijamos atentamente en el desenvolvimiento de las relaciones entre los pueblos en las últimas décadas, y en las profundas divergencias cuando no manifiesta hostilidad que entre los mismos se han producido, y que han desembocado en la situación desconcertante y perturbadora que estamos sufriendo, nos daremos inmediatamente cuenta de que los factores de índole económica y aun los estrictamente políticos, no pueden explicar satisfactoriamente la índole exacta del proceso que ha motivado el presente estado morbo que ofrece la sociedad, incapaz, al parecer, de alcanzar un nivel aceptable, cuando menos, de paz y tranquilidad, dentro del cual el espíritu sosegado pueda laborar activamente en su propia perfección y desarrollar su bienhechora influencia sobre sus semejantes. Y si después de haber observado el pasado, tratamos de valorar los acontecimientos que se suceden actualmente a ritmo vertiginoso, nos será todavía más fácil llegar a semejante conclusión.

No obstante, es todavía un tópico muy extendido, el de atribuir la causa de todas las disputas y de todos los conflictos internacionales, a razones de orden puramente material; claro está que externamente se acostumbra a invocar por los dirigentes de los Estados, en las controversias fundamentales, motivos patrióticos o al menos ciertos pretextos de orden nacional que tienen relación íntima con la prosperidad de la propia nación; pero en muchas ocasiones, bajo la capa patriótica, laten extraños intereses que nada tienen que ver, al menos esencialmente, con el intrínseco bienestar del pueblo. Esos intereses de índole intrínsecamente espiritual están determinados por la existencia y virtualidad de las fuerzas del mal.

Lo mismo cabe decir de la razón fundamental de la expansión y preponderancia de ciertos doctrinarismos que alcanzan primordialmente sus éxitos, no a causa de sus reivindicaciones de tipo utilitario o por la existencia de determinadas circunstancias de índole social o económico, sino por la misma influencia de los principios que propugnan, dada la mísera condición de la naturaleza humana debilitada por el pecado.

Y si eso no se admite así generalmente, incluso en ciertos sectores que no habrían de ignorarlo, no será ciertamente porque no se haya enseñado y no se enseñe una y otra vez por el magisterio infalible de la Iglesia.

Un pensador de indudable influencia sobre el pensamiento contemporáneo —nos referimos a Maritain— ha tratado de ridiculizar con ironía despectiva a los que hacen hincapié en la existencia de una conjuración permanente de las fuerzas de perdición, y, sin embargo, esa conjuración es tan real y tan trascendente, que si prescindimos de su indiscutible realidad no podremos conocer las causas que explican suficientemente el estado actual de la Humanidad y mucho menos acertar con los remedios adecuados al mismo, ya que olvidáramos el hecho trascendental de la influencia diabólica a través de la acción positiva de aquellos que, dentro del reino de Satanás y «siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehusan obedecer a la ley divina y eterna y acometen empresas contra Dios o prescindiendo de Dios mismo» (1). Y nótese bien que bajo el imperio de Satanás están no solamente los que de un modo directo arremeten contra Dios, sino también los que actúan «pres-

ciendo de Dios mismo», según la expresión del Romano Pontífice.

Por lo que resulta claro que la raíz íntima del malestar en que se agita el mundo es hondamente espiritual, y que las batallas que se libran continuamente, las batallas decisivas, no son tanto las que se dirimen con las armas materiales, no obstante su incesante perfeccionamiento, sino las que se libran en el orden de las ideas, en el orden del espíritu.

El gran Obispo de Vich, Dr. Torras y Bages, advertía ya la trascendencia inmensa de esta realidad. «Las grandes luchas humanas desde el principio del mundo —decía—, son luchas de espíritus; en el principio del universo de las criaturas se inauguró la lucha de espíritus, y la lucha final será una lucha de espíritus, y hasta todas las luchas que en la sociedad de los hombres han existido, hasta las luchas de la carne, son luchas de espíritus... San Pablo, al darnos reglas para conocer al enemigo con el cual hemos de luchar, nos dice claramente: «Nuestra lucha no es solamente contra la carne y la sangre, sino contra los principes y potestades, contra los espíritus que rigen este mundo de tinieblas» (Efesios, VI, 12)... En nuestros tiempos existen sectas y doctores que declaran que la carne ha de ser señora de los hombres, la máxima aspiración del linaje, de manera que el hombre ha de dignificarse por la carne, porque fuera de la carne no hay nada más ni en la tierra ni en el cielo» (2).

Si se olvidan estas dos grandes verdades, a saber: la existencia de «dos bandos diversos y adversos», el del reino de Dios y el del reino de Satanás; y el hecho de que en este último reino se encuentran los que combaten o prescinden de Dios, será del todo punto imposible conocer la naturaleza íntima de los males que aquejan a los hombres y a los pueblos. Porque, además, tratar de hacer distinciones fundamentales entre los propios enemigos de Dios y de su Iglesia, como es común hacerlo al referirse explícita o implícitamente al liberalismo y al comunismo, es intentar huir de la realidad misma de las cosas. ¿Acaso no son todos súbditos sumisos del espíritu de las tinieblas? «Todos descienden de un mismo principio —repetiremos con el Dr. Torras y Bages—, que es el odio a la Obra de Jesucristo, la Iglesia Católica, que es Madre y maestra espiritual de todo el linaje humano; entre ellos hay solamente diferencia de medios para destruirla, pero el intento es el mismo» (3).

Con Cristo o contra Cristo

Una de las más confusas teorías sobre la interpretación del socialismo y del comunismo, teoría muy en boga en nuestra época confusionista por excelencia, es aquella que nos presenta a ambos sistemas bajo el aspecto fundamentalmente económico, insistiendo especialmente sobre el hecho indemostrable de que tales doctrinas son fruto natural de una desigual distribución de la riqueza y de la falta de medios materiales en una parte considerable de la población. De un modo especial, el doctrinarismo liberal, culpable en alto grado de la desorganización económica en que se debate la sociedad, tiene un marcado interés en persuadirnos de tamaña falsedad, y quiénes, en mayor o menor grado, con mayor o menor intención, están imbuidos de espíritu liberal, tratan de llegar, siguiendo a veces otros

(1) León XIII. Enc. *Humanum genus*.

(2) Torras y Bages. *L'Atletisme cristià*.

(3) Torras y Bages. *El misteri d'iniquitat*.

A LA LUZ DEL VATICANO

derroteros, a una idéntica conclusión. Así, es muy corriente en nuestros días referirse a la necesidad de que aumenten los bienes económicos, en razón a que su abundancia frenará y aun aniquilará al comunismo; como si la gravísima amenaza que pesa sobre la Humanidad pudiera reducirse a una simple cuestión económica. ¿Queréis impedir la total conquista de Europa por el comunismo?, nos dicen con ridícula suficiencia; pues procurad aumentar la producción, atiborrad las cajas de los poderosos, haced desaparecer del mundo la faz atormentada de la miseria, facilitad las diversiones, y veréis cómo rápidamente el espectro del comunismo se esfuma con rapidez inusitada. ¿Es ello razonable? Sin que queramos decir, ni muchísimo menos, que la destrucción y el hambre no puedan ser poderosos aliados del comunismo, ¿cómo puede afirmarse que la abundancia, la riqueza y el bienestar sean los mejores y tal vez los únicos antidotos de las doctrinas socialistas?

Los que así discurren, ¿saben exactamente lo que es el socialismo, lo que es el comunismo?

Liebknecht, jefe de una fracción del socialismo alemán, judío al igual que Lasalle, explicaba gráficamente el sentimiento íntimo de tales doctrinas frente a los principios espirituales, con las siguientes palabras: «¿De qué sirve navegar por el cielo y declarar la guerra al Dios que reina allá arriba? Conquistemos ante todo el Estado, y entonces no nos ofrecerá peligro alguno la religión». Y añadía cínicamente: «Sin duda que es preciso luchar contra esta última, pero no tan abiertamente como contra el Estado. Necesario es movilizar la escuela contra la Iglesia, y al maestro de escuela contra el cura. Nuestro partido es un partido científico. Ahora bien, la ciencia es enemiga de la religión. El medio más excelente contra la religión consiste en que la ciencia se preocupe de que haya buenas escuelas. En cuanto a mí, lo confieso francamente, soy ateo; pero, por el momento, debo declarar que, entre todas nuestras exigencias, ninguna es tan práctica como este principio: «La religión es asunto privado».

También en nuestros días, la consigna del socialismo y hasta la del comunismo en determinadas naciones, repiten la misma frase: «la religión es asunto privado», lo interesante es la conquista del Estado, entretanto no vale siquiera la pena de preocuparse de Dios. ¿Por qué hablar de un más allá que desconocemos, y no tratar de entendernos para buscar la felicidad en este mundo que está al alcance directo de nuestras manos?, ha escrito el jefe comunista francés Mauricio Thorez (4).

Así plasman efectivamente los modernos corifeos del materialismo, los sacrilegos versos de Heine, a quien conocemos también en su papel de protector de Carlos Marx, versos que traducen las convicciones más íntimas de las «logias» y de las «células»: «¡Ya estamos hartos de miseria! Queremos ser felices en la tierra. En cuanto al cielo, lo dejamos a los ángeles y a los pájaros».

Ese indomable espíritu de rebeldía lo podríamos expresar con mayor firmeza con estos versos de Neruda: «¡Henos aquí! Ya se rebela nuestro espíritu. El deseo febril que siente de saberlo todo, el impulso indomable que le anima, casi nos amenaza con hacer estallar nuestro pecho. ¡Henos aquí, henos aquí! Ya se rompen las cadenas que nos sujetan; leones del espíritu, ya rompemos la caja; sí, la haremos saltar en astillas».

¿Quién no adivina en las expresiones empleadas por socialistas y comunistas algo más que una simple reivindicación económica? «Somos los bárbaros modernos —ha dicho Henkell—, somos los vándalos modernos; cambiaremos el orden y las costumbres, la ley y la justicia; allí donde llegamos, rugen las olas de un mundo que se hunde.» Y ese mundo que se hunde, no va a desaparecer por la ley de la miseria progresiva inventada por Marx como determinante del progresivo desarrollo del socialismo; se hunde precisamente por las ideas perversas que constitu-

yen el íntimo meollo de las doctrinas de perdición sobre las cuales se pretende establecer una nueva ordenación de la sociedad. No se trata de una cuestión de economía, es esencialmente un problema ideológico.

Ramsay Macdonald, jefe socialista británico, explicaba esta realidad en la siguiente forma: «Interesa hacer constar que la fuerza del socialismo no se encuentra en los barrios bajos y más miserables de las ciudades, sino en aquellos otros sobre los cuales irradia el sol de la prosperidad. Los reclutas del ejército del socialismo figuran entre los hábiles artesanos, los tradeunionistas, los miembros de las sociedades mutuas, los jóvenes obreros que leen y piensan. La explicación de esto no es difícil. Cuando nos referimos a caballos, nos referimos solamente a estómagos; si tratamos con hombres hemos de tener en cuenta, a la vez, estómagos y cabezas. Las necesidades de un caballo plantean un problema puramente cuantitativo en el suministro de pienso; las necesidades de un hombre plantean un problema cualitativo, el de la realización de una felicidad intelectual» (5).

Por eso, al presenciar en estos días cómo el afán de muchos se concentra en la obtención de ventajas y ayudas económicas para que Europa pueda salvarse de la amenaza comunista, como si la abundancia pudiera ser freno eficaz y definitivo contra las corrientes ideológicas perversas, cobran primerísima actualidad las palabras del Marqués de Valdegamas: «Las cuestiones económicas no son, ni pueden ser las más importantes» (6). El dilema que se presenta a nuestra sociedad no es esencialmente el de pobreza o el de abundancia, sin negar la necesidad de apresurar la recuperación económica de los pueblos; el dilema en cuya solución estriba todo el porvenir es muy otro. Donoso Cortés lo planteó en esta forma: catolicismo o barbarie; y Su Santidad Pío XII acaba de formularlo en forma todavía más tajante: con Cristo o contra Cristo. Todo lo demás —podríamos, quizá, añadir— se nos dará por añadidura...

«...En el camino de la esperanza»

El obstáculo mayor que se opone a la lucha eficaz contra el comunismo y el socialismo es el por tantos conceptos nefasto sistema liberal, que imposibilita toda tentativa de resurgimiento auténtico y priva de los remedios sin los cuales todos los recursos humanos se demostrarán, en un plazo más o menos breve, totalmente impotentes.

Su Eminencia el Cardenal Segura ha explicado recientemente la trágica característica de esta época materialista por excelencia. «Después de la catástrofe de la guerra mundial, que aun no ha terminado, son muchos los que creen que el gran peligro del cristianismo, el que todo lo absorbe, y al que hay que aplicar urgentísimo remedio, es el del comunismo ateo y soviético, y esto les hace menospreciar otros peligros gravísimos, que tal vez son más temibles, porque inspiran menor horror. Por desgracia, el mundo se ha materializado de un modo alarmante, y no tanto se temen los males de las almas, cuanto los males de los cuerpos, y aquí radica, principalmente, este error funesto de nuestros días. Hoy no se teme a la herejía, ni se teme al cisma, ni se teme al indiferentismo religioso, con tal que estos males gravísimos para las almas no ataquen directamente al bienestar de los cuerpos. Por esto, desgraciadamente, en nuestros tiempos, no se mira con el horror que miraban nuestros padres el avance de la herejía, de la impiedad y de la corrupción de costumbres» (6).

El liberalismo ha deshecho el núcleo vital de resistencia de la sociedad, y ésta se halla hoy inerte y aterrizada ante un futuro que se anuncia con los más negros

(5) J. Ramsay Macdonald, *Socialismo*.

(6) *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla*, núm. 1,521 (10-IX-47).

(4) Mauricio Thorez, *Fils du peuple*.

presagios. «Desde que el mundo no conoce otros soportes, estamos suficientemente autorizados para mirar con ansiedad el porvenir. *La sociedad carecerá de defensa contra el socialismo si no abandona resueltamente todas esas ideas que han sido sus precursoras, sus adalides y sus mejores compañeros.*» Esas palabras de Weiss adquieren hoy rango de profecía; tal vez sea esta la ocasión de repetir también a los doctrinarios del liberalismo esa imprecación: «Nos habéis arrebatado a Dios del mundo, y ahora que está privado de su auxilio, cae el pueblo en un delirio inaudito. El animal que lleva en sí, se rebela, lanza aullidos salvajes, y echa por tierra las columnas de la civilización. Entre tanto, vosotros, continuando vuestros cálculos, os quedáis en vuestras casas alegres y tranquilos».

Sin embargo, el vendaval revolucionario arrastrará también tras de sí a esa «democracia insensata» que orgullosamente ha pretendido prescindir de Dios para constituir el mundo según los principios de una filosofía atea, racionalista. Como en los días de la Babel bíblica, es frase de Donoso Cortés, «antes que esté acabada la torre, Dios castigará las naciones y dispersará los pueblos».

Ha dicho el Papa Pío XII, felizmente reinante: «*Nuestro tiempo, que bien podría llamarse apocalipsis, ve vacilar ordenaciones, poderes, sistemas terrenales existentes hace siglos o que se pensaron crear para los siglos*» (7). Y como en aquellos días, parece que se esté cumpliendo la divina palabra: «*El que daña, dañe aún...*» (8).

¿Pesimismo? ¿Sentimiento de lo trágico? Mucho más sencillo: apelación a la confianza en los únicos medios capaces de evitar lo que parece ya inevitable.

«*A tal extremo han llegado las cosas, que pocas esperanzas tenemos de ver libre la sociedad de la catástrofe que la amenaza. Sin embargo, no perdemos la esperanza de que el espíritu de Dios induzca a los hombres a entrar en sí mismos y a convertirse. ESTOS MOTIVOS SOBRENATURALES SON LOS QUE NOS MANTIENEN EN EL CAMINO DE LA ESPERANZA*» (9).

José-Oriol Cuffi Canadell

(7) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1943.

(8) Apocalipsis, XXII, 11.

(9) Weiss. *Apología del Cristianismo*.

La masonería inglesa

En el número correspondiente al día primero de diciembre próximo pasado, comentábamos, siquiera a grandes rasgos, la importancia efectiva que tuvo la doctrina masónica en la fundación y estructuración de la desaparecida Sociedad de Naciones, y hacíamos hincapié en la posibilidad de que en la presente postguerra intentase realizar la secta parecido cometido, usando y abusando de la influencia que en los negocios públicos de varios países, singularmente en algunos que forman parte del bloque vencedor, ejercen destacados personajes afiliados a las logias. A este respecto, tiene una indudable significación la puesta en circulación en la Gran Bretaña de un sello



de correos conmemorativo del Día de la Victoria —un ejemplar del cual reproducimos, notablemente aumentado, en esta misma página—, en el que aparecen, debajo de la efigie del Rey de Inglaterra, los instrumentos simbólicos de la masonería: la llana o trulla y la escuadra y el compás.

¿Está íntimamente ligada la aparición de tales signos masónicos en un sello oficial con el hecho mismo de la victoria aliada de 1945 y con los intentos presentes de ordenación mundial? Sea lo que fuere, es indudable que la impresión de tales símbolos es una señal inequívoca de la preponderancia de la masonería en determinadas esferas de la administración pública británica.

Porque aunque es verdad, según apuntaba «The Patriots»

en el comentario reproducido en estas páginas, que solamente «una pequeña parte de la población» forma en las filas masónicas, con todo esta pequeña fracción, por su situación especial y sus particulares características, tiene una preponderancia inmensa en los destinos de la nación inglesa.

La institución masónica más importante de Inglaterra es la «Gran Logia Unida», que a juicio de un escritor de la secta, es «la primera, la más próspera y la más influyente de todas las potencias masónicas del mundo entero». En el año 1859, la «Gran Logia Unida» —«francmasonería simbólica de San Juan»— contaba en su seno a 680 logias. En 1889, dicho número había ascendido a 2.045, de las cuales 373 estaban en Londres, 45 en ultramar, 7 en las islas del Canal, 6 militares y el resto en las diversas provincias y distritos masónicos. El Gran Maestro de la «Gran Logia» era el Príncipe de Gales, que ejercía también el cargo de Gran Patrono de las Grandes Logias independientes de Escocia y de Irlanda, y de casi todas las Ordenes, Institutos y Ritos masónicos existentes en la Gran Bretaña, entre los cuales podemos citar, el Rito de York o del Real Arco, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el Soberano Santuario del Rito Antiguo y Primitivo de Menfis y Misraim, la Orden Real de Escocia, la Sociedad Rosa Cruz de Inglaterra, la Orden del Monitor Secreto, la «Grand Mark Masters Masons», etc.

En 1934 la cifra de logias adscritas a la Gran Logia Unida ascendía a 4.815, de las cuales 2.910 en Londres, y 663 en ultramar. Su Gran Maestro era el Duque de Connaught; además, el Príncipe de Gales era Gran Maestro por la provincia de Surrey, el Duque de York por la de Middlesex, el Duque de Kent por la de Wiltshire y el Conde de Harewood, yerno del rey, por la del Oeste de York.

Muy notable es la influencia de la masonería inglesa en las Obediencias de diversas partes del mundo. Poco antes de la guerra de 1914, el segundo Lord Amptill, Arthur Oliver Villiers Russel, fundó en Londres seis logias «anglo-extranjeras» para intrigar en Francia, Argentina, Alemania, Italia, Suiza y los Estados Unidos. La logia número 12 de Río Janeiro fue fundada en 20 de diciembre de 1912, previo acuerdo del Gran Oriente del Brasil con la Gran Logia británica

ACTUALIDAD

Para darse cuenta de la preponderancia de la masonería en la gobernación del país, reproduciremos un significativo comentario aparecido en el «Masonic World», que dice así: «Se afirma que el Lord Alcalde de Londres es invariablemente Maestro de cierta Logia de la capital británica. No es del todo exacto. *Lo que sí es verdad, es que el Lord Alcalde, si es Masón, asume el cargo de Maestro de la Logia de Guildhall, número 3.116, durante el período de sus funciones oficiales.* Esta Logia muestra con orgullo el registro de 28 años, durante los cuales ha habido 22 Lores Alcaldes como Maestros. La Logia está formada por oficiales y miembros de la Corte del Consejo Común, la principal organización cívica de Londres».

Rudyard Kipling, iniciado en una logia de la India, nos ha dejado un poema en el que a través de sus andanzas masónicas, brevemente explicadas, nos da una visión de lo que representan las logias instaladas por la masonería inglesa en los países más o menos sujetos a la dependencia de la metrópoli. Kipling ha contribuido a infiltrar en sus lectores, a través de varias de sus obras, un concepto totalmente falso de la masonería, adornando a esa perniciosa institución de una equívoca aureola de dignidad, lo que le valió ser nombrado miembro de la «Philalètes Society», academia de escritores francmasones, compuesta al estilo de la Academia Francesa, de cuarenta miembros. En su poema de referencia —«La logia madre»—, Kipling canta las glorias de la masonería y explica su paso por la logia en que vió la «luz masónica», con los siguientes versos que reproducimos de la traducción francesa publicada en el «Bulletin de la Grande Loge de France»:

*«Nous n'osions pas faire de banquets,
(de peur d'enfreindre la règle de caste de certains frères)*

*Et nous causions à cœur ouvert de religions et d'autres
Chacun de nous se rapportant [choses
Au Dieu qu'il connaissait le mieux.
L'un après l'autre, les Frères prenaient la parole,
Et aucun ne s'agitait.
L'on se séparait à l'aurore, quand s'éveillaient les perro-
Et le maudit oiseau porte-fièvre; [quets
Comme après tant de paroles
Nous nous en revenions à cheval,
Mahomet, Dieu et Shiva
Jouinet étrangement à cache-cache dans nos têtes.»*

Una idea aproximada de la influencia de la rama británica de la secta internacional la podemos fácilmente deducir del hecho de que la «Gran Logia Unida» tiene instalados talleres masónicos en los puntos estratégicos que flanquean el sistema principal de las comunicaciones del Imperio, y desde los cuales puede irradiar sus tenebrosas actividades a los países vecinos. Así, hay instaladas logias en Gibraltar, Malta, Grecia, Chipre, Turquía, Egipto, India, China, Japón, etc.

Quizá algunos hechos aparentemente rodeados de misterio, como por ejemplo la retirada de la primera edición del Libro Blanco inglés de 1919 sobre el bolchevismo, y su nueva reimpresión convenientemente expurgada, sólo tienen plausible explicación partiendo de la existencia de núcleos interesados en evitar que determinadas verdades trasciendan a la pública opinión, *aunque* esta opinión sea la de una nación que profesa la doctrina de la libertad según el concepto liberal...

De todas formas no es preciso insistir sobre la influencia permanente de la secta. ¿No es suficiente para demostrarla la emisión del sello masónico de la victoria?

J. O. C.

La conspiración comunista

VII.—COMO IDENTIFICAR A UN ROJO

Poco antes de que yo abandonara el Partido Comunista, Earl Browder me transmitió un informe oficial en que los rojos alababan las actividades del Reverendo Stephen Fritchman. Ese caballero dirigía entonces «The Christian Register», órgano de la Iglesia Unitaria, que siguió dirigiendo hasta hace pocos días, cuando fué suspendido por razón de los ataques que le provocaron sus simpatías en pro de la rojería.

Los líderes comunistas estaban complacidos con la actitud del Pastor Unitario arriba mencionado, a quien elogiaban porque, según reza el informe aludido, «se muestra dispuesto a hacer cuanto le pida el Partido». Browder había sugerido que se publicara en el «Daily Worker» un artículo especial encomiando al «Register», artículo cuya redacción se me encomendó personalmente y que luego apareció en el momento oportuno. Desde entonces todos los comunistas supieron que el señor Fritchman había sido ascendido al «coro» de los «incondicionales».

La confianza depositada en el Reverendo era, por cierto, bien merecida. El editor del órgano unitario había prestado servicios en veintidós agrupaciones del frente rojo, incluyendo la organización «llave» conocida con el nombre de «Comité Conjunto pro Refugiados Anti-Fascistas», uno de los engranajes predilectos del Partido, al cual se encomendaron numerosas actividades subterráneas de la conspiración comunista como sucesora, en parte, de la

Agencia Mundial de Turismo, constituida para facilitar la entrada en los Estados Unidos de jefes importantes del comunismo internacional.

Acusación apodíctica

En el «Register», Fritchman hacía eco a los puntos de vista que los comunistas deseaban que se divulgasen. Procedía para ello en íntima connivencia con «The Protestant», el órgano anticatólico que tanto auspiciaban los rojos. Sus antecedentes comunistas han sido desenmascarados a lo vivo por el Reverendo Edward B. Wilcox, pastor anticomunista de la Iglesia Unitaria, con residencia en Lynn, Estado de Massachusetts. El folleto de Wilcox, intitulado «El caso extraño de Stephen Fritchman», es toda una catilinaria contra el exeditor del «Register».

No obstante lo anterior, el Comité Ejecutivo de la Iglesia Unitaria, aun cuando ha mostrado algún disgusto por la actitud del señor Fritchman, lo ha exonerado del cargo de «proselitismo comunista». Como consecuencia, son muchas las personas que pierden lastimosamente un tiempo precioso, que debiera emplearse en combatir los puntos de vista divulgados por Fritchman, repitiendo una y mil veces la superflua interrogación: ¿es Fritchman, en verdad, un miembro del Partido Comunista?

Todos tenemos la inmensa responsabilidad, en las orga-

nizaciones en que actuamos, de hacer hincapié en el hecho de que lo primordial no consiste en averiguar a ciencia cierta si un sujeto cualquiera es, o no, poseedor de una tarjeta de incorporación al Partido Comunista. Lo que precisa es si los actos de ese sujeto se conforman, o no, con la manera de proceder propia de los comunistas, investigando, para el caso, si los antecedentes del sujeto de que se trata han servido a los propósitos de la quinta columna roja que conspira en América.

Lo fundamental

Esto debe reiterarse una y mil veces, hasta que desaparezca esa tendencia a querer averiguar si una persona sospechosa está o no inscrita oficialmente en los libros del Partido Comunista (lo cual difícilmente llega a comprobarse cuando se trata de descubrir si un individuo está complicado en una conspiración). Tal tendencia sirve tan sólo, en general, para que se pierda de vista lo que primordial y fundamentalmente interesa, esto es, la actuación pública del sujeto de que se trate.

Todo americano patriota, que se proponga combatir eficazmente el movimiento subversivo del fascismo rojo, está obligado a difundir, en los ambientes en que se mueva, la idea de que la lealtad de un hombre a determinada causa se comprueba, ante todo, por sus actos. Todos aquellos que colaboran en organizaciones del frente rojo, que auspician y repiten los puntos de vista que más agradan a los oídos de Moscú; todos aquellos que defienden o justifican sistemáticamente las agresiones soviéticas, son responsables de complicidad en la conspiración comunista. Con sus actos, esos individuos subscriben la propia sentencia ante el juicio de la sociedad. Toda palabrería en torno de la cuestión de si los individuos sospechosos poseen o no una tarjeta del Partido Comunista; toda divagación para tratar de investigar el carácter exacto de las vinculaciones que esos individuos pueden tener con las organizaciones soviéticas, sirven tan sólo para complicar la materia. A riesgo de parecer machacón, insisto en que lo fundamental, lo substancial y medular, es el proceder sistemático, la actuación social, los actos exteriores de esas personas.

Pocos casos son tan gráficamente demostrativos de la verdad de lo que afirmo como el de Vicente Lombardo Toledano, líder de las masas obreras mexicanas. Todo el mundo sabe que Lombardo Toledano jamás se ha desviado ni un ápice de cuanto, en un determinado momento, ha favorecido los intereses de Moscú. En estos días, el líder mexicano ha regresado de un viaje a la capital de los dictadores soviéticos y ha traído consigo el legajo de planes que se desea que siga para desatar en toda la América Latina una lucha sin cuartel contra los Estados Unidos, en los precisos momentos en que el «New Times» (órgano directivo del comunismo internacional) aboga por una guerra de nervios en contra de los mismos Estados Unidos.

Socavando la unidad continental

Sería perder un tiempo preciosísimo el tratar de responder a la pregunta: ¿Lombardo Toledano es en realidad un comunista? Mientras se debatiera tal cuestión los planes que Lombardo Toledano trae entre manos comenzarán a dar sus primeros frutos, socavando la unidad interamericana.

En lugar de gastar energías en tan infantiles consideraciones, los directores políticos de América debieran percatarse de que Lombardo Toledano está actuando exactamente, como lo ha hecho siempre, en la forma en que Moscú quiere que él actúe en el momento histórico que se

vive. Ojalá que se dieran cuenta de ello en todas partes, para que Lombardo Toledano se viera combatido como exponente genuino de la conspiración quinta-columnista.

El nuevo programa de Lombardo Toledano, concebido con ocasión de su viaje a Moscú, tiene por objeto compactar los grupos aprovechables de toda la América Latina, en un supremo esfuerzo subversivo, que desquicie la unidad y que debilite la seguridad del hemisferio americano.

En relación con Lombardo Toledano, repetimos lo que ya tantas veces hemos dicho: el árbol se conoce por sus frutos. Si un individuo cualquiera hace exactamente lo que un comunista comprobado haría en las mismas circunstancias, ¿qué importancia tiene el averiguar si ese individuo es portador de un carnet de identificación comunista?

Aprendiendo de los rojos

Hay casos, por supuesto, en que un determinado rojo actúa subrepticamente acatando instrucciones específicas del Partido. Esos individuos ocultan por algún tiempo sus verdaderos propósitos, hasta que se adueñan de una situación y adquieren la fuerza necesaria para influir eficazmente en el grupo en que se infiltran. ¿Qué se puede hacer para desencovar a esos comunistas?

En primer lugar, examinemos el método que emplean los rojos encubiertos para hacerse de colaboradores actuales o potenciales en los ambientes que tratan de influenciar. Como no les es posible descubrir abiertamente las propias tendencias o aspiraciones, pues ello les dificultaría llevar a cabo una propaganda franca en favor de las ideas que sustentan, ordinariamente exteriorizan sus propósitos sólo en los momentos en que las asociaciones donde se infiltran están a punto de tomar determinaciones colectivas.

Si esos comunistas actúan en un sindicato, ellos comienzan por proponer alguna resolución (al principio moderada) que favorezca el logro de un objetivo provechoso para el Partido. Después de que el asunto de que se trata ha sido discutido en los ambientes del sindicato, los comunistas que auspician la moción se reúnen secretamente para estudiar la táctica más conveniente y para analizar la situación. En esas juntas se clasifican los nombres de los miembros del sindicato que hayan apoyado o favorecido la proposición comunista, para luego valerse de esas mismas personas en futuras oportunidades.

Es en el campo de las mociones y de las resoluciones colectivas donde, asimismo, fácilmente se desenmascara a los comunistas solapados. Quienes seriamente deseen saber si en sus asociaciones hay marxistas encubiertos, sólo tienen que formular una serie de mociones anticomunistas; con este método sencillísimo se logra que los comunistas ocultos se quiten la careta.

En mi próximo artículo hablaré con mayor detención respecto a la sugerencia que acabo de formular, precisando el contenido de las mociones que son más adecuadas para desencovar a los rojos solapados. El método que propongo, además de servir para el fin antes expuesto, es un medio eficazísimo para el desarrollo de la lucha contra el comunismo, lucha que demanda una intensa campaña educacional en los sindicatos, agrupaciones cívicas y organizaciones sociales de toda índole.

Para que la conspiración comunista no triunfe, es menester recordar constantemente las advertencias de Pío XI, de manera especial las que se refieren a la propaganda roja: «Poco a poco penetra en todos los ambientes sociales e invade hasta los grupos mejor preparados intelectualmente, con el resultado de que sólo unos cuantos se dan cuenta de que el veneno impregna progresivamente sus inteligencias y corazones». El error sólo se puede combatir con la verdad: la iluminación de las inteligencias es el mejor antídoto contra el veneno de la víbora comunista.

Luis F. Budenz

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

REQUIEM POR AUSTRIA, por Kurt von Schuschnigg (Traducción de Ignacio Rodrigo); "Los libros de nuestro tiempo", Barcelona, 1947.

El último Canciller de Austria antes de su ocupación por los ejércitos de Hitler, Kurt von Schuschnigg, nos ha dejado en su libro "Requiem por Austria", unas interesantísimas memorias que abarcan desde su entrevista con el Führer, en Berchtesgaden, el 12 de febrero de 1938, hasta el fin de la segunda guerra mundial.

El libro tiene tres aspectos interesantes. El primero de ellos es la narración detallada de los acontecimientos austriacos, de las esperanzas de su Gobierno y de las vicisitudes en las relaciones con el III Reich. El segundo aspecto, que podríamos llamar político, es una exposición del pensamiento austriaco con sus concomitancias y sus antagonismos con el pensamiento alemán y prusiano. Y en el tercero nos encontramos con el diario de un prisionero de guerra que recibió trato excepcional de sus carceleros. Vamos nosotros a hablar algo sobre los dos aspectos primeros, por ser los de mayor interés.

De documento de indiscutible importancia para la historia podemos calificar la minuciosa narración que Schuschnigg hace de las relaciones austro-alemanas y de la situación y sucesos de su Patria en las jornadas preliminares a la toma del poder por Seis Inquart. De ellas se desprende la desdichada política de transacción y debilidad que llevó a cabo el ex-Canciller, hombre católico, pero de corte liberal. Desde los primeros momentos transige con las proposiciones nazis y éstos, por su cuenta y riesgo, se toman más de lo que les dan e interpretan las concesiones y los hechos a su modo y manera. ¡Espectáculo repetido en nuestra historia moderna desde los tiempos de la Revolución francesa y del encumbramiento de su coloso, el Emperador Napoleón! Es sino liberal, tanto si aparenta democracia como despotismo y tiranía.

Schuschnigg confía en que la tolerancia y las concesiones apaciguarán al enemigo, el cual las toma como pruebas de debilidad y se torna más bravucón y audaz. El Canciller echa una mirada al exterior en busca de tabla de salvación, y no la halla. Una alianza con comunistas y socialistas, invocando la seguridad austriaca, cree que reforzará la situación interior. Y, en último término, se lanza a la solución liberal de un referendium, creyendo que éste lo resolverá todo. La débil e irresoluta actuación de Schuschnigg en los momentos críticos, que más favoreció a los nazis que no les amilanó, tiene un nombre, candidez. Aunque él diga que no había más remedio que amoldarse y ceder; y que no podían buscarse otras soluciones. ¡Triste destino el de los católicos aliados, incluso de buena fe, con ideologías y sistemas liberales, cuya actuación, pretendiendo ser buena para su patria, termina siempre en desastrosas consecuencias! Y parece que aún hoy la experiencia, la triste realidad histórica, no les dice nada todavía, no es suficiente aún para convencerles que sus caminos son erróneos.

El propio Presidente de Austria, Miklas, según nos refiere el Canciller, adoptó una firme actitud de intransigencia frente a las pretensiones nacionalsocialistas. Y el mismo Canciller nos explica como él rompió más lanzas para que se apease el Presidente de su digna posición, que para enfrentarse decididamente y con eficacia con los nazis.

La confesión de Schuschnigg de que el socialismo dió a Viena "mucho bueno" y de que León Blum es "un gran europeo y, lo que es aún más de estimar, una excelente persona", añadiendo su admiración por él, son datos más que aportar a la actitud de tolerancia liberal del Canciller, sin duda, una de las causas fundamentales de la desgracia austriaca.

Aparte este aspecto histórico, de notorio interés, al que cabe añadir, como notable aportación, los viajes del autor del libro por Europa, explicativos de la situación internacional y aún de las propias situaciones internas de los países visitados, veamos ahora el segundo aspecto, el político, del que hablábamos antes.

En él nos encontramos con una clara exposición del pensamiento austriaco frente al prusiano, adoptado por Adolfo Hitler. El austriaco, católico, ama fervorosamente a la idea de Alemania como unidad centroeuropea. Estima que ésta ha de lograrse y ha de ser dentro de una gran confederación, respetando las soberanías nacionales y aunada por un mismo espíritu y un mismo ideal. El pensamiento austriaco es el del Sacro Imperio Romano Germánico: "Dominio universal en pro de la humanidad, para asegurar con la espada alemana la paz de Roma" (página 262). "Austria era alemana por historia, cultura y carácter; pero justamente por ello no podía ni quería ser nacionalsocialista ni anexionada" (pág. 30).

Con esta última proposición entramos de lleno en la manifiesta contradicción entre el pensamiento alemán austriaco y el prusiano. Schuschnigg nos dice que al iniciarse la guerra del 14, "padre, madre, maestros, camaradas y amigos, todos eran alemanes, pero a la vez austriacos jurados. Esa es la verdad. Lo mismo que entonces había ya adversarios para quienes austriaco significaba tanto como antialemán. Estos que partiendo del pensamiento meramente alemán, llegaron a sentirse antiaustriacos, tomaron por naturaleza derroteros antidinásticos y anticlericales, lo que nunca he llegado a concebir" (página 185). Es Prusia, que quiere también una Alemania unida, pero unificada, bajo la férula de un Estado único y no confederal. Es el protestantismo, el anticlericalismo, frente al catolicismo austriaco. Son los Hohenzollern frente a los Habsburgo. Es el liberalismo despótico frente a la tradición católica. Son Prusia y Austria en pugna por Alemania.

Hitler, heredero de Bismarck, de los Hohenzollern, de Prusia, del Reich, se coloca frente a Austria y todo lo que ella significa. Esto explica muchas cosas, que no escapan a nuestros lectores. Y explica también que Hitler tuvo toda la fuerza de lo que heredaba y que Austria no supo encontrar la fortaleza de su herencia porque quiso buscarla por caminos erróneos, contaminados de liberalismo, aún viviendo en la añoranza de su católico esplendor y potencia, de los Habsburgo, del Sacro Imperio. ¡Esa contaminación fué su debilidad y su desgracia!

El libro de Schuschnigg, como su drama, es altamente aleccionador. Pero en el aire queda la pregunta: ¿Hallará Austria su verdadera senda en la nueva época del mundo? ¿Seguirá viviendo en la añoranza por no abrazarse a ella y hacerla realidad actual y palpitante? ¿Reconocerá cual es su único y verdadero camino sin buscar torcidos derroteros en sistemas que están en abierta pugna con su propio ser católico y nacional?

Luis Luna

CON CENSURA ECLESIASTICA

...."Si la fe en el divino Redentor hace a los cristianos que consideren todas las cosas a la luz de la verdad, siempre antigua y siempre nueva, de las palabras que del Niño Jesús, presentado en el templo, pronunció el viejo Simeón: "Mira: este Niño está destinado para ruina y para resurrección de muchos y para ser blanco de contradicción" (Luc. 2, 34), sabemos que el número de aquellos que no se alejan de Jesucristo con la incredulidad, sino que se unen a El y están dispuestos a dar la vida por El, que en El y en la resurrección ponen su firme esperanza; sabemos que este número es grande, que crece y se fortifica, y vemos que irradia su propia energía y su benéfico influjo en todos los campos de la vida y que otros hombres de buena voluntad se unen a ellos. A todos vosotros, pues, amados hijos, os decimos: ha llegado vuestra hora."

(Fragmento del MENSAJE DE SU SANTIDAD
EL PAPA PÍO XII en la víspera de Navidad)

Francisco Gambús

Casa fundada en 1834

©
Aceites de oliva
Industriales y Comestibles

©
Vía Massagué, 77 y 77 bis
Teléfono 1794

SABADELL

Ayudad a la Prensa Católica



M. S. S. A.
BARCELONA

Fábrica de tejidos de lana

AYMERICH Y AMAT

Almacén y Despacho:
Alcázar de Toledo, 50-Teléf. 2344
TARRASA

P. S. A.
TARRASA

Tiga, S. A.

Barcelona

Fábrica de Novedades
en Pañería Selecta

Puigmartí y Sanllehy

Miguel Arimón, 17-Tel. 2442
SABADELL

R E S E R V A D O

A. de B.

TINTORERIA DORE

S. A.
San Leopoldo, 135 (Vapor Gali)
Teléfono 2405

TARRASA

HIERROS - CARBONES
FERRETERÍA Y BATERÍA DE COCINA

Sol Hermanos, S. A.

Avda. Caudillo, 12 y 14 - Teléf. 1700 - MANRESA

Cañamazo para Bordar,
Ferrería-Tarlatanas, etc.

I. TORRAS AYMERICH

Fábrica de tejidos diáfanos de algodón

Bruch, 25-27 Teléf. 2136
Teléf. particular 1189 MANRESA